

PERSPECTIVAS SOBRE LA ARQUEOLOGÍA INDUSTRIAL

Ana Vicenti Partearroyo

Departamento de Prehistoria
UCM

1. INTRODUCCIÓN

En las últimas décadas, el concepto de arqueología ha roto las barreras temporales y espaciales que la constreñían desde sus orígenes en el siglo XIX abriéndose a todo un mundo de campos nuevos de investigación, de aspectos que hasta entonces habían sido obviados y dejados a un lado. Muchos de ellos, como el papel de los esclavos, las minorías, la mujer o la vida cotidiana de las clases populares habían sido temas que simplemente la Historia había marginado, con su mirada etnocentrista, reflejo de una sociedad capitalista occidental donde era el hombre el que controlaba la vida pública, donde los aspectos del pasado a destacar eran los más *sobresalientes*: monumentos, grandes hitos y grandes *hombres* de la Historia era todo cuanto se buscaba. Pero a mediados del siglo XX en la sociedad occidental comenzaron a surgir voces de crítica hacia cómo esta sociedad estaba establecida: movimientos feministas, anticolonialistas, contra la segregación racial o étnica... Las

bases del pensamiento occidental se tambaleaban, y se introdujeron en la reflexión filosófica y en la investigación de ciencias sociales nuevos objetos de estudio: la mujer, las minorías... Pero el cambio fue más profundo; comenzaron a plantearse nuevos paradigmas que pudiesen encajar con la nueva visión del mundo.

No vamos a profundizar en este tema, sino solamente plantear el contexto en el que aparece la arqueología industrial. Un momento en el que la visión de esta disciplina, como de tantas otras, se amplía, aunque quizá más tarde que, por ejemplo, la Historia. La arqueología fue durante mucho tiempo una disciplina más conservadora, apegada a sus tradiciones de temas *clásicos* y poco más; de hecho, esta perspectiva de la arqueología continúa muy presente en muchas de nuestras universidades.

Pero para comprender el surgimiento de la arqueología industrial debemos buscar otros factores que, junto con el ya mencionado, explican su aparición. Por un lado, el desarrollo en las últimas décadas en el mundo occidental de una *cultura del ocio*: los trabajadores, ya pertenezcan a la clase media, a la obrera o a la clase alta, poseen un horario de trabajo que permite un tiempo de ocio, al menos, a lo largo de la semana. Esto ha

llevado a que se desarrolle todo un sector económico e institucional dedicado a llenar este tiempo que las personas pueden dedicar a entretenimientos de todo tipo, ya sean culturales o no. El número de museos se ha multiplicado y su público también, con nuevos intereses. La museología se ha desarrollado también mucho como disciplina, creando nuevos conceptos de museo que, en muchos casos, han roto totalmente con el concepto decimonónico de acumulación de objetos de valor en vitrinas.

Por otro lado, el paso en el mundo occidental de una sociedad puramente industrial a una con otra economía basada en el sector de los servicios se ha reflejado en el cierre de un alto porcentaje de fábricas, debido a su traslado a países con un desarrollo socioeconómico menor, que permite al empresario pagar sueldos más bajos y regirse bajo leyes menos estrictas. Regiones industriales y mineras han quedado deprimidas, con un alto porcentaje de su población en paro y sin expectativas de futuro. Estos *paisajes industriales* comenzaron a ser fruto en la década de los sesenta del siglo XX de proyectos de revitalización económica, y de valoración del pasado industrial de la región como algo positivo y a poner en resalte. La identidad de las gentes de estas regiones estaba, en mayor o menor medida, configurada

por ese entorno industrial, las autoridades políticas, económicas y académicas se dieron cuenta de ello y decidieron que esta identidad de sociedad industrial fuese un reclamo al turismo o a la inversión económica para nuevas industrias.

Un último factor, quizá el más largo en el tiempo, es la valoración de las máquinas y de las fábricas como tales, testigos de la evolución técnica del hombre, muy acorde con el pensamiento que surgió de la Ilustración. Los orígenes de ello los encontramos a finales del siglo XVIII, y se desarrollan a lo largo del XIX, con la conservación de maquinaria que iba quedando obsoleta y de algunas antiguas fábricas.

Todos estos factores llevaron a que, a finales de los años cincuenta del siglo pasado, surgiese el concepto de arqueología industrial.

2. LA DISCIPLINA

Los antecedentes directos de la arqueología industrial como disciplina los hallamos en el concepto de Patrimonio Industrial. A finales del siglo XVIII se crea en París el primer museo técnico del mundo, el Conservatoire des Arts et Métiers, en el que se recogían máquinas, herramientas y utensilios de producción. Casi un siglo después aparecieron los primeros museos industriales, ya con un concepto

diferente Museo de la Fábrica en Saint-Etienne o el famoso Museo Skansen en Estocolmo. Este último destaca por la novedad conceptual que supuso: se hallaba al aire libre, y en él se mostraban edificios típicos del paisaje sueco (molinos, granjas) que no habían podido conservarse *in situ*.

Pero no será hasta después de la II Guerra Mundial cuando se configure como tal un movimiento, tanto en el mundo académico como popular, de conservación de las construcciones industriales. Este movimiento surgió a raíz de las destrucciones que se produjeron por los bombardeos sobre Europa en la II Guerra Mundial; comenzaron a velar, en un principio, por las minas y las construcciones fabriles de estructuras de hierro, en un momento en el que este tipo de arquitectura comenzó a incluirse en los libros de historia de la disciplina. Dentro de este movimiento, se creó en 1959 en Inglaterra un comité para la conservación de los monumentos industriales, el *National Survey of Industrial Monuments*. La destrucción de la Euston Station de Londres en 1962, construida en 1835-39 levantó protestas académicas y populares, tomando cuerpo el movimiento de conservación de estos monumentos.

En estas mismas fechas comenzaron a aparecer asociaciones concienciadas con el Patrimonio Industrial, que, junto con grupos

universitarios, comenzaron a realizar trabajos de campo, surgiendo de aquí las primeras publicaciones. El primero en hablar del término arqueología industrial fue Michael Rix en 1955, uno de los profesores de la Universidad de Birmingham que estaba realizando estos trabajos, y hacía referencia a la necesidad de inventariar y preservar los vestigios de la industrialización antes de que estos desapareciesen. En los años subsiguientes comenzarían a aparecer las primeras asociaciones locales de arqueología industrial, las cuales desarrollaron las primeras iniciativas de inventario, creando, junto con el *Council for British Archaeology* un sistema básico de registro. Esta institución creó en 1959 el *Industrial Archaeological Research Comitee*. En 1963, Kenneth Hudson definió por primera vez la disciplina de arqueología industrial, cuya finalidad era "el descubrimiento, la catalogación y el estudio de los restos físicos del pasado industrial, para conocer a través de ellos aspectos significativos de las condiciones de trabajo, de los procesos técnicos y de los procesos productivos" (en Aguilar 1998). La arqueología industrial nacía, por lo tanto, muy ligada al Patrimonio Industrial y al movimiento conservacionista de los monumentos de la Era Industrial. Fijémonos en la definición, porque casi todos los desarrollos de esta disciplina ya se

mencionaban aquí, aunque unos han tardado más en tomar cuerpo que otros. Pero también esta definición, quizá demasiado prematura, ha sido el origen del problema de discusiones posteriores, debido a lo amplio del término "arqueología industrial", como veremos más adelante.

Las asociaciones aparecieron en un principio en Gran Bretaña, difundiéndose más tarde a otros países, sobre todo en los más industrializados desde el siglo XIX. Este país ha estado – y continúa estando – en la vanguardia de la investigación y desarrollo de la disciplina. Fue el primero, por ejemplo, en crear un inventario sistemático de Patrimonio Industrial a principios de los sesenta, además de un gran número de publicaciones y de la publicación desde 1964 del *Journal of Industrial Archaeology*. En España, no se crea la Asociación Española del Patrimonio Industrial y de la Obra Pública hasta la tardía fecha de 1986, y pocos años después, surgen asociaciones regionales en las áreas más industrializadas de la Península Ibérica.

A lo largo de la segunda mitad de la década de los sesenta y los setenta, comenzaron a erigirse numerosos museos relacionados con el Patrimonio Industrial: el Centro de Archivos Históricos del Museo Alemán de la Mina de Bochum (1968), el Ironbrige Gorge Museum en el mismo

año o el Ecomusée de Le Creusot-Montcau-les-mines en 1973.

Del propio Ironbrige Gorge Museum surgiría la iniciativa en 1973 de celebrar un Congreso Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial. Con una periodicidad de dos años se han celebrado otros congresos en varios museos más y en ciudades de Europa. En el III Congreso, celebrado en Estocolmo, se creó el Comité Internacional para la Conservación del Patrimonio Industrial (TICCIH). En 1992, se celebró entre Madrid y Barcelona en VIII congreso.

En 1988, la TICCIH comenzó a elaborar un listado con los principales monumentos del Patrimonio Industrial de la Humanidad, a la que se presentaron varios monumentos españoles.

El Consejo de Europa, la UNESCO y la Unión Europea han creado varios organismos (o programas, cartas...) relacionados con la protección del Patrimonio Industrial.

Un mismo término, diferentes conceptos

Kenneth Hudson, como dijimos más arriba, hizo la primera definición de esta disciplina, sentando las bases de lo que sería en un futuro. Ponía la arqueología y sus métodos y técnicas al servicio del estudio del pasado industrial, permitiendo, a partir de los restos y datos recogidos, hacer una

reconstrucción de cómo sería la factoría, mina, etc. Esta formulación de arqueología industrial sería recogida y puesta en práctica por Angus Buchanan en 1966, creando una sección universitaria de la disciplina en la Universidad de Bath.

Pero muy pronto se vio que el concepto de arqueología industrial era objeto de muy diversas interpretaciones, lo que ha producido innumerables discusiones académicas, debido a las diferencias en cuanto al tiempo que abarca su estudio, los métodos, y sobre todo los objetivos.

Una de las claves para comprender esta discusión es la ambigüedad del término industrial. ¿Qué entendemos con ello? ¿Cuáles son sus límites? Varias son las interpretaciones: un estudio de los restos materiales de la Era Industrial, sólo de los elementos muebles e inmuebles relacionados directamente con la industria, sólo de las máquinas y técnicas, pero a lo largo de toda la historia... El término arqueología ha sido puesto en duda por algunos autores, pero parece que esta crítica está fuera de lugar, ya que "arqueología" hace referencia al estudio material de los restos dejados por cualquier actividad humana.

Las diferentes tendencias de la arqueología industrial se han configurado, por lo general, en diferentes *escuelas* por países.

(división a partir de la enunciada por Aguilar 1998)

- **Escuela inglesa:** destacan los pioneros Buchanan, Hudson o Panell, y, actualmente, la presidenta de la *Association for Industrial Archaeology* Marilyn Palmer. Hacen una interpretación de este término como *Arqueología de la Industria*. Una visión diacrónica que recorre todos los periodos de la Historia – y de la Prehistoria- que busca, analiza e interpreta los restos de industria humana, ya sea un bifaz o una máquina de vapor. Realmente, gran parte de los trabajos que realizan los investigadores ingleses se centran en la Era Industrial.

Podemos observar la diferencia entre ambas posturas en la definición de arqueología industrial hecha por Michael Rix (Rix 1967, p.5) "el registro, la preservación en casos seleccionados y la interpretación de los sitios y las estructuras de las primeras actividades industriales, particularmente los monumentos de la revolución industrial". Sin embargo, la máxima representante de la disciplina en la actualidad, Marilyn Palmer, lo definía así: "[la arqueología industrial es] el estudio de un periodo abarcando los testimonios

físicos del desarrollo social, económico y tecnológico del periodo que se inició con la industrialización" (Palmer 1990).

- **Escuela Italiana:** Con investigadores destacados como Carandini o Negri, ha sido quizá la que ha conseguido delimitar con más acierto el área de estudio de la arqueología industrial. Partiendo de que se trata de un estudio de los restos materiales asociados a actividades de producción, distribución y consumo de bienes y de las condiciones en que estas actividades fueron realizadas, centrándose en las etapas capitalistas. Quizá lo más interesante es la apreciación de las repercusiones del sistema económico y de producción capitalista se dejan notar en otras sociedades y sectores de la propia sociedad no industrializados. Como ejemplo de esta tendencia, citamos a Andrea Carandini (Carandini 1984): "siguiendo una sucesión lógico-histórica, la arqueología industrial no puede ser otra cosa que la arqueología de las formaciones capitalistas[...]El criterio de las divisiones sincrónicas me parece el único aceptable".
- **Escuela francesa:** en este caso tenemos dos conceptos diferentes.

Por un lado, el que apoyan los investigadores del Centro de Arqueología del Mundo Moderno de la Universidad de la Sorbona. Parten de una visión sincrónica y tradicional del estudio arqueológico, por *etapas*, considerando el aspecto de la producción de bienes como una parte más de estas etapas. La crítica va más allá, ya que también cuestionan los métodos: no confían en la combinación restos materiales y documentales para una buena investigación. En general, se trata de una visión muy tradicional de la investigación arqueológica, en un momento en el que las nuevas tendencias y la interdisciplinaridad están a la orden del día. Bruneau y Balut "definen la arqueología como una ciencia que se ocupa de los fabricados por el hombre sin limitación de lugar, época, valor estético o grado de conservación." (Forner 1991).

Existe una segunda tendencia en este país, más acorde con una visión autónoma de la disciplina. Autores como Louis Bergueron o Maurice Dumas han sido muy prolíficos en publicaciones de importancia al respecto.

- **Escuela Española:** el primer investigador español que hizo una definición de arqueología industrial fue R. Aracil en las I Jornadas de

sobre Protección y revalorización del Patrimonio Industrial en España realizadas en 1984 en Bilbao. En ella recogía los presupuestos de análisis, registro y conservación de la tendencia inglesa, pero delimitando la cronología al comienzo de la Revolución Industrial, a pesar de ser un hecho poco concreto en un país con una industrialización tan lenta y tardía como la española. Debido a esta circunstancia, ha sido necesario establecer una periodización ajustada al desarrollo regional de España, ya que las diferencias entre unas áreas y otras son abismales. Las áreas de investigación en arqueología industrial española comprenden desde las Manufacturas Reales, los telares y batanes de Época Moderna hasta la actualidad, aunque con especial dedicación al periodo capitalista, ya que es en este momento cuando se producen cambios económicos que afectan en gran manera a la sociedad y la cultura, en ámbitos en los que la arqueología jamás había entrado antes y que puede aportar datos de gran importancia para una interpretación más rica y ajustada de la Historia. Como dice Salvador Forner Muñoz (citado en Lopes Cordeiro 2000, p.408), "la industria no es más que un

complemento productivo de estructuras económicas cuya lógica responde a las relaciones sociales de producción completamente diferentes a las de las modernas sociedades industriales. En estas últimas, por el contrario, la industria se convierte en el propio fundamento de un modo de producción capitalista, cuya lógica y consecuencias económicas se extenderán a los sectores no industriales e incluso a las sociedades no industrializadas".

La posición de la Arqueología Industrial en el panorama general de la Arqueología

Como ya hemos dicho anteriormente, la posición de esta disciplina se ha encontrado durante mucho tiempo (y en muchos casos, en la actualidad también) en terreno resbaladizo e inestable, sin conseguir una aceptación general del mundo académico hasta hace poco tiempo. ¿A que se debe este rechazo? Suponemos que al pensamiento tradicional y conservador de muchos arqueólogos que, como decíamos al principio, se niegan a aceptar que la arqueología tenga utilidad más allá del siglo V d.C. Afortunadamente, esta posición está quedando cada vez más en un lugar marginal, y la arqueología industrial, como otras

arqueologías recientes (arqueologías históricas, arqueología postcolonial, arqueología de género...) están viéndose consolidadas y aceptadas como disciplinas de gran utilidad que permiten un conocimiento de la Historia mucho más completo del que pueden aportar los documentos.

Porque es aquí donde reside el mayor potencial de la arqueología industrial, en su utilidad como *alternativa* al estudio de documentos de la Era Industrial, que, a pesar de ser la época más fecunda en testimonios documentales, es evidente que estos se han revelado insuficientes a la hora de permitir una investigación fidedigna sobre la vida de las clases trabajadoras y campesinas, analfabetos en su mayor parte, y cuya historia *fue escrita* por otros y, en muchos casos, falseada de uno u otro modo, ya que era - como casi siempre es, finalmente - la visión desde fuera, desde otras posiciones socioeconómicas, con una mirada, cuanto menos, paternalista. La arqueología industrial abre, por lo tanto, una puerta a una investigación mucho más fidedigna sobre la *verdadera* historia de las clases obreras y de sus relaciones con la burguesía, su relación con el territorio en el que vivían y con el espacio en el que trabajaban y se relacionaban socialmente, aunque de este aspecto hablaremos más adelante con mayor extensión.

Respecto al estudio del Patrimonio Industrial, la arqueología dispone de las herramientas precisas para analizarlo, comprenderlo y ponerlo en relación con su contexto histórico, ya que un elemento de patrimonio industrial, sin su consiguiente estudio, pasa a ser un continente vacío de significado.

El Patrimonio Industrial

No debemos olvidar que un bien industrial posee unas características diferentes a las de otros tipos de bienes patrimoniales. Aunque el concepto de patrimonio es bastante reciente, y su significado ha variado a lo largo del tiempo. En un principio, se asoció con el arte. Pero realmente el concepto generalizado de patrimonio como algo con *valor histórico* surge en el siglo XIX, a partir de la Revolución Industrial, debido a que esta supuso un cambio radical en los modos de producción, pasándose de una sociedad agraria a una industrial, con todo lo que ello conllevó para la configuración social y para la mentalidad occidental contemporánea. Durante el siglo XIX, los museos europeos, en muchos casos llamados *gabinetes*, comenzaron a recoger en sus vitrinas colecciones de la Prehistoria y de la Edad Media, quizá con un valor estético menor, sobre todo en el primer caso. No será hasta el siglo

XX, con las aportaciones de la arqueología y la antropología, que surgirán dos conceptos básicos: el de *objeto testimonio*, que es valorado por lo que significa para la sociedad que lo ha fabricado, y el *objeto de estudio* el cual permite conocer aspectos de la sociedad - sobre todo del pasado - que lo realizó. Éste es un concepto que permitió a la arqueología evolucionar y dejar atrás la visión *clasicista* para comenzar a ser una disciplina que buscaba conocer a las sociedades del pasado a través de sus restos materiales, poseyesen estos valor estético o no. En las últimas décadas hemos vivido un nuevo cambio social, el paso a una sociedad post-industrial o post-moderna. En esta, el anterior concepto de patrimonio también ha sufrido algunos cambios, lo mismo que el de *antigüedad*. El ritmo *frenético* de esta nueva sociedad, que padece cambios continuos que van haciendo variar en pocos años la tecnología, la cultura o los valores de la sociedad, las cosas *se hacen viejas* en poco tiempo. Y por ello, debido a la sociedad de consumo en la que vivimos, en la mayor parte de los casos, los objetos - como las ideas - son desechados y olvidados. Debemos tener en cuenta de que el proceso de *desuso* de un objeto o conjunto de ellos es muy diferente en la actualidad (Postmodernidad), en la Era Industrial (Modernidad) y en la etapa Pre-

Industrial o Premoderna. Mientras que en una sociedad premoderna la mayoría de los objetos son reutilizados, reciclados (desde una raedera del Paleolítico Superior a un tablón de madera del siglo XV) y sólo dejan de ser usados por pérdida o deposición voluntaria (enterramientos, tesoros, rituales...), o por un verdadero desgaste, en las sociedades surgidas de la industrialización un objeto tiene una vida limitada, y puede ser reemplazado por otro incluso antes de haberse desgastado o roto, simplemente por haber quedado *desfasado*. Esto supone que hay un nivel e deposiciones mucho mayor, pero también que las basuras son muy diferentes: de mucho mayor volumen y, en muchos casos, objetos aún con posibilidades de uso (González Ruibal 2003). Debido a que se produce una producción y abandono continuos de objetos, en incesante desarrollo, tanto los propios objetos como las máquinas que los fabrican van quedando obsoletos, perdiendo su función y sentido, algo que en las sociedades premodernas no acontece o, en el caso de hacerlo, se produce de una manera tan lenta y gradual que es prácticamente imperceptible, todo lo contrario de lo que sucede en las sociedades modernas y posmodernas.

El elemento patrimonial industrial posee, por lo tanto, unas

características que lo hacen muy diferente, tanto en el fondo como en la forma, de otros tipos de patrimonio. La diferencia más clara es que su importancia no reside en su singularidad, sino, por el contrario, en su implantación e impacto en un determinado lugar (Casanelles, 2001). Al ser objetos producidos en grandes cantidades, el conservador deberá tener en cuenta la cantidad de ellos que se conservan, ya que hay que llevar a cabo un riguroso criterio selectivo, ya que es imposible conservar, por ejemplo, cientos de máquinas de escribir de un mismo tipo, con preservar algunas es suficiente: lo que es importante es conservar algunos ejemplares como testimonio de cómo se escribía en una determinada época, quiénes utilizaban esas máquinas, en qué condiciones y con qué finalidad. Porque la función de la preservación del Patrimonio Industrial es mantener la memoria colectiva de la historia de los últimos dos siglos, además de poder ser un objeto de estudio que nos permita conocer, como ya hemos dicho, la vida cotidiana y las formas y los medios de trabajo de esta época.

La importancia de la singularidad del patrimonio industrial es un aspecto de gran importancia en la historiografía del tema (Casanelles, 2001, Almeida, 2000, Lopes, 2000), debido a que tanto la investigación como la capacidad de almacenaje de

los museos es limitada, a pesar de los grandes esfuerzos desarrollados en los últimos años, y a que el volumen susceptible de estudio y conservación es totalmente inabarcable (al contrario de otros patrimonios: un museo puede - y quiere - acoger toda la obra pictórica de cuadros de El Greco, pero no todas las máquinas de vapor que se han fabricado). Pero, ¿cuáles son los criterios de selección? La singularidad absoluta de un objeto o, sobre todo, de un edificio de carácter industrial es algo excepcional, es más habitual que la particularidad responda a cómo ese edificio o conjunto se ha implantado en el territorio que ocupa, de qué modo ha alterado el paisaje *original* (más adelante desarrollaremos este tema) y ha repercutido en la vida de la región, en su cultura, además de las particularidades técnicas que podía tener esa fábrica. La importancia intrínseca del edificio o paisaje es tan importante como lo que supuso para la gente que lo vivió, y esto debe quedar explicitado tanto en los estudios que se realicen al respecto como, sobre todo, en el caso de que se realice un museo.

3. LAS PERSPECTIVAS DE LA ARQUEOLOGÍA INDUSTRIAL

Como ya hemos podido observar, la arqueología industrial posee diferentes perspectivas o posiciones desde las que establecer una investigación, notablemente diferentes entre ellas. Algunas de las razones que explican esta diversidad han sido ya mencionadas arriba, aunque sin duda la mayor es la propia amplitud del término "arqueología industrial". Es un término que quizá se acuñó demasiado pronto, antes casi de la existencia real de la disciplina (ver definiciones de Michael Rix en 1955 y de Kenneth Hudson en 1963). Tal vez ocurrió como con el término "Revolución Industrial", que a pesar de ser considerada como inadecuada, ha permanecido para designar el comienzo de un determinado proceso socioeconómico. Lo que parece claro es que actualmente, el término arqueología industrial abarca mucho más que el estudio de los vestigios de la producción industrial, envolviendo todos los aspectos materiales que han venido caracterizando a las sociedades que pasaron por aquel momento histórico. (Lopes, 2001:414) Incluso desde las perspectivas más técnicas y conservadoras, el estudio no se ha limitado a objetos y edificios fabriles, sino a toda la cultura material derivada de la industrialización: minas, canalización y procesamiento de agua, iluminación, mecanización de

la agricultura, comunicación y transporte, espacios domesticos...

A continuación, veremos las diferentes perspectivas existentes sobre esta disciplina.

Inventariado, clasificación y análisis: la postura más conservadora.

Los primeros pasos de la disciplina siguieron este camino. De hecho, cualquier estudio de base sobre la arqueología industrial debe partir de este punto, y desde él desarrollar una investigación interpretativa.

Como ya dijimos más arriba, esta visión se corresponde con planteamientos particularistas históricos, que se analizan el detalle pero sin ningún tipo de visión general sobre los procesos históricos que rodearon al objeto de estudio. Estos trabajos no son concebidos como un medio para llevar a cabo una posterior interpretación de los datos, sino que son un fin en sí mismo. En esta perspectiva, la influencia del patrimonio industrial y la gestión de éste quedan patentes, ya que se impone el interés por el registro de unos elementos que están en riesgo de desaparición, degradación y destrucción, *eclipsando* cualquier actuación más allá de esto.

Hasta cierto punto, esta actitud es comprensible, al menos en un primer estadio del desarrollo de la disciplina, o como un primer paso en un estudio más complejo. Porque lo que es evidente es que es necesario un buen estudio descriptivo para después desarrollar un análisis más profundo sobre él. Consideramos esta postura como de sensibilización y conservación, enmarcada dentro de un momento histórico concreto: el de las décadas siguientes a la II Guerra Mundial, cuando comenzó a producirse un movimiento de temor ante lo que comenzaba a considerarse un legado amenazado por el enorme desarrollo técnico. Como ya dijimos mas arriba, hay una enorme diferencia entre la velocidad de destrucción que poseen las sociedades actuales y la que poseían las sociedades preindustriales, donde el abandono y deterioro de un objeto o edificio era gradual. Ahora, dinamitamos y arrasamos una fábrica en cuestión de minutos. Es esta *sensación de velocidad*, de que todo pasa y se caduca muy rápido, la que ha provocado la aparición de la sensibilidad hacia el Patrimonio Industrial, especialmente en las áreas de mayor dinamismo económico y en las cuales los vestigios de la industrialización están desapareciendo por momentos. Existe una clara "relación entre el proceso de Industrialización y la constante y cada

vez más rápida obsolescencia de los mismos" (Forner, 1991). Resulta interesante hacer una reflexión sobre el patrimonio como una herencia social. Pero éste, a diferencia de una herencia individual, no tiene un momento de defunción, a partir del cual determinar que *ya es patrimonio*. ¿Cuándo se produce la defunción de una sociedad o época histórica? ¿Qué generaciones tienen derecho a la transmisión de ese patrimonio acumulado? (Forner, 1991).

El proceso del estudio arqueológico industrial

Vamos a intentar hacer un seguimiento del proceso de estudio de un objeto o edificio industrial, para comprender así las bases sobre las que se asienta esta perspectiva. Es una postura muy técnica, que procura una recogida de datos lo más fidedigna posible y una sintetización de ellos para insertar el estudio en estadísticas y tipologías generales. La aportación de ideas, y en muchos casos también de especialistas en otros temas está a la orden del día en esta tendencia más que en ninguna otra, con claras influencias de la arquitectura, la ingeniería, la topografía o la economía.

Como hemos dicho anteriormente, el primer paso es la definición de los objetivos del estudio y de las metodologías a aplicar para ello. Para una correcta recopilación de

los datos, hace falta un equipo multidisciplinar: un arqueólogo, un arquitecto, un ingeniero, y, dependiendo de los casos, especialistas en Historia del Arte, Urbanismo, Geografía, Topografía, Economía, Sociología, Antropología...

Una vez establecidas las bases del trabajo, se comienza, si procede, por labores de prospección, ya sean a través de mapas topográficos, fotografía aérea o sobre el terreno. Por lo general, si se trata de construcciones o conjuntos de ellas, su presencia es evidente, ya que su conocimiento mismo es el que ha llevado a la necesidad de su estudio - al contrario que otro tipo de restos arqueológicos -; en algunos casos de estructuras menos evidentes (campamentos de trabajadores, estructuras en materiales perecederos) sí que es necesario este tipo de prospecciones. Una vez hallados todos los elementos del estudio, se procede a la búsqueda de documentos: fotografías, dibujos, grabados, documentos escritos (ya sean los archivos de la propia empresa o escritos de otros lugares haciendo referencia a ella) e incluso evidencias materiales como productos, moldes, maquetas, catálogos... Las fuentes orales, en el caso de existir, son de gran utilidad. Este tipo de fuentes, al igual que el propio objeto de estudio, son efímeras y se degradan y pierden con enorme

facilidad, por lo que, aparte de su utilidad como medio para conocer mejor el elemento estudiado, ellas mismas deben ser objeto también de análisis y conservación. Muchas empresas, conscientes de ello, preservan sus archivos, maquinaria antigua, catálogos, etc. y, en algunos casos, llegan a hacer museos de la *intrahistoria* de la propia fábrica (Lopes 2001).

Tras la recogida de fuentes que nos puedan enseñar cómo era el objeto de estudio en su *periodo de vida*, se procede al trabajo de campo. Se toman medidas de las construcciones u objetos, se hacen planimetrías y un levantamiento fotográfico. Todos estos datos se recogen en fichas de inventario. Éstas han sido objeto de debate y discusión (Lopes, 2000; Palmer, 1991, Aguilar 1998), debido a lo defectuoso e insuficiente de los primeros modelos, y a la falta de unidad que ha llevado a grandes dificultades a la hora de elaborar bases de datos a media y gran escala. Los hay organizados por temas, por ramas o sectores, por "tejidos industriales localizados asociando las actividades complementarias" o por marcos topogeográficos. Pueden ser "largos, ligeros o de marcación pero siempre su *barrido* recoge los restos para su preservación"(Aguilar, 1998). A grandes rasgos, diferenciamos entre los inventarios temáticos, en los

cuales se desarrolla un estudio con detalle sobre las tipologías, sectores o conjuntos, y los llamados fundamentales, los cuales hacen un *barrido general* por los edificios más importantes, evidentes o los que necesitan labores de preservación con mayor urgencia. Este sistema permite la posterior creación de tipologías, pero también es el primer paso para la protección de estos monumentos, ya que si éstos no son conocidos, es imposible protegerlos.

La excavación es un método recomendable, pero debemos tener en cuenta que se trata de un método destructivo de obtener evidencias materiales, y que para el estudio del periodo industrial, muchas veces podemos utilizar otros métodos. Pero en el caso de ser actuaciones de urgencia, en las que la estratigrafía vaya a ser destruida, toda la secuencia debe ser recogida del mismo modo. El problema es que en muchos casos, los niveles postmedievales son desechados por los propios arqueólogos, desconocedores de la importancia que pueden tener los materiales recuperados después de este nivel (Palmer, 1991:29). Existe toda una labor por delante de concienciación a los arqueólogos profesionales y académicos de la importancia del registro completo de la secuencia estratigráfica, ya que todos los datos son útiles, y muchas veces tener toda

la secuencia nos permite conocer mejor los cambios y el proceso que han llevado a configurar un paisaje, ya sea urbano o rural, tal y como lo conocemos ahora. El problema es que muchos investigadores consideran que éste es el punto y final del estudio arqueológico industrial, dejando el objeto sin ningún tipo de interpretación (como ha ocurrido durante mucho tiempo en la arqueología tradicional: mera descripción), acercándose peligrosamente a otros campos como el de la Historia de la Ciencia y la Técnica o la Historia de la Arquitectura. Solo en los últimos años, y especialmente en Gran Bretaña, ha comenzado a realizarse un estudio más sistemático (Palmer, 1991, Lopes, 2000).

Los trabajos de post-excavación son una labor importante y que muchas veces queda desestimada (lamentablemente, en cualquier estudio arqueológico, no en exclusiva en este ámbito). Existen algunas particularidades para la arqueología industrial, como es el hecho de que, normalmente, el número de materiales es mucho mayor que el de otras épocas, la cantidad de información que aportan es enorme y muchas veces llega a dificultar el trabajo. Por ello son tan importantes las mencionadas tipologías, que facilitan enormemente la clasificación y el estudio. Por lo

general, aún falta un protocolo de actuación específico para la arqueología industrial que especifique las labores de excavación, catalogación y conservación de evidencias materiales. (Palmer, 1991:30)

En el caso de que el objeto - sobre todo en el caso de construcciones - deba ser destruido, por imposibilidad de mantenerlo y conservarlo (por el proceso de degradación en el que se encuentra, por presiones urbanísticas, etc.), debe hacerse un registro documental más completo que el simple inventario, para conservar toda la información posible sobre él para posibles estudios posteriores. Éste debe recoger información del edificio o conjunto, pero también del contexto en el que se encuentra y en el cual se ha desarrollado. El registro, por lo tanto, subsana una documentación que está a punto de desaparecer.

Un ejemplo de inventarios: el caso español

Quizá no sea el mejor, pero es, desde luego, el ejemplo más cercano a nosotros. Como es de suponer, debido a la transferencia de la gestión del Patrimonio Cultural a las Comunidades Autónomas desde el año 1986, tanto el inventariado como la gestión del patrimonio industrial está controlado por las diversas

Comunidades, lo que ha llevado a un alto grado de descentralización, además de la diversidad de trabajos, sin ningún tipo de parámetros comunes. No entraré en detalles debido a lo farragoso del tema, pero es preciso destacar la inexistencia de un centro de documentación central que vaya más allá de la labor realizada para la centralización de los Bienes de Interés Cultural declarados por las Comunidades al Ministerio de Cultura. Los inventarios se realizan a nivel local, provincial, o de Comunidad, salvo algunas excepciones, como un inventario de puentes de antes de 1936 de toda España y algunas compilaciones de canales, presas, carreteras, etc. que poseen un tono bastante técnico (Aguilar, 1998). Existen grandes asimetrías entre regiones, por lo general debidas a la fuerte industrialización de algunas zonas (Cataluña, País Vasco, Valencia, Asturias) que han llevado a un gran desarrollo de los trabajos de inventariado, publicación de estudios y musealización en estas regiones frente al *desierto* en otras como Castilla-La Mancha, Extremadura o La Rioja, por mencionar algunas.

Los primeros trabajos comenzaron a principios de la década de los ochenta, con encuentros y jornadas sobre arqueología industrial y Patrimonio, pero no será hasta finales de la década cuando

comiencen a desarrollarse verdaderos estudios en profundidad, incluyendo trabajo de campo e interpretación. Inmaculada Aguilar (Aguilar 1998:56) habla de cuatro entes de los que parte la iniciativa de ejecución de proyectos de arqueología industrial y de protección del patrimonio industrial: las administraciones públicas - en Cataluña, Andalucía y Asturias -, las universidades - la Cátedra de Estética de la Universidad Politécnica de Madrid o la de Historia del Arte de la de Valencia -, las asociaciones de arqueología industrial - las de mayor fuerza son la vasca, la valenciana y la asturiana - y las iniciativas de carácter individual. Básicamente, encontramos en España dos tipos de trabajos: los inventarios vinculados a las administraciones públicas de las Comunidades Autónomas, las cuales, como hemos dicho antes, poseen las competencias de gestión del Patrimonio Cultural, realizados por equipos propios o, lo que es bastante frecuente, a través de las mencionadas asociaciones, las cuales reciben subvenciones o ayudas de las administraciones por estas labores. Se trata de simples inventarios para conocer las características de este patrimonio y poder conservarlo y difundirlo. El segundo tipo son inventarios o trabajos específicos que no tienen el interés de la preservación, sino que se hacen con fines de investigación o divulgación,

por medio de diferentes publicaciones (Aguilar 1998:57). En estos inventarios, como en todos, existen grandes diferencias: algunos son temáticos ("industrias extractivas de la provincia de Málaga") y otros fundamentales (*barrido* por comarcas de todos los vestigios de la industrialización), además de las divergencias en el marco cronológico, sobre todo para el límite final: en algunas Comunidades el límite es la Guerra Civil y en otras la Posguerra o los años sesenta, incluso en algunas administraciones se ha tomado el concepto de *industrial* en el sentido amplio del término, como *lo fabricado por el hombre*. En lugares concretos, donde existe una industria claramente predominante, se desarrollan proyectos especiales. Un ejemplo de este caso, y que se está desarrollando mucho, es el de Asturias. Con un pasado minero que ha marcado su idiosincrasia, ha decidido llevar a cabo una revalorización de éste, con numerosos proyectos de restauración, estudios monográficos y un gran número de publicaciones, en su mayor parte realizados por el INCUNA, la Asociación de Arqueología Industrial de Asturias. En esta región se ha creado un Museo de la Minería y se están desarrollando en los últimos años un gran número de proyectos: el Museo del Ferrocarril de Gijón, revalorización de castilletes mineros, de poblados mineros...

Las asociaciones de arqueología industrial

Uno de los aspectos importantes de la arqueología industrial que no han sido mencionados hasta ahora es el del *peso* que poseen las asociaciones de arqueología industrial, sobre todo en países muy concienciados con su patrimonio industrial, como Gran Bretaña o Francia, y también en regiones muy industrializadas de otros países. Estas asociaciones realizan un trabajo de grandísima importancia, ya que, como decíamos al principio de este trabajo, tuvieron un papel decisivo en la gestación de la disciplina y en su desarrollo hasta la actualidad. En muchos casos, son estas mismas asociaciones las que elaboran inventarios propios sobre la región en la que están establecidas. El problema es la diferencia tanto metodológica como de calidad de los trabajos realizados. Para resolver estos problemas, Marilyn Palmer propone la creación de listados de especialistas en cada región a los que recurrir para la realización de inventarios y registros (Palmer, 1991:22). En este mismo artículo, Palmer aconseja que se haga una recopilación de fichas de inventario mucho más rigurosa, ya que denuncia la infrarepresentación del patrimonio industrial existente, debido al *paso*

por alto de un gran número de construcciones por no haber sido valoradas estéticamente. El valor del patrimonio industrial no reside en su valor estético o artístico, sino en si es histórica y tecnológicamente relevante. Ella afirma con gran acierto que "está en la naturaleza del desarrollo económico [capitalista] que los métodos de producción de éxito quedan olvidados y que la tecnología de cada generación queda obsoleta y masivamente destruida". Es por ello que debemos recoger una muestra de cada avance, como una inspiración para el futuro y una lección de la naturaleza del progreso económico (Palmer, 1991:23). Estas asociaciones poseen una importantísima función en el estudio y difusión de la arqueología industrial: realizan labores de conservación, organizan visitas guiadas a los monumentos, elaboran o encargan estudios del patrimonio industrial de la región, realizan publicaciones periódicas y monográficas, etc. Sería interesante realizar un estudio completo sobre el papel de estas asociaciones en el conjunto de la arqueología industrial, como ejemplo de cómo la movilización popular puede ser un impulso esencial para el desarrollo de una disciplina académica y ser una de las bases que lo sustenta, quizá no valoradas en su justa medida.

En el caso de España, las comunidades autónomas de Asturias,

Valencia, País Vasco y Cataluña poseen un gran número de asociaciones que han partido de iniciativas populares, no académicas, de interés por su patrimonio industrial y que desarrollan una intensa actividad, mucho mayor de la que se percibe de las instancias académicas, en las cuales la arqueología industrial es poco menos que inexistente, con salvedades como la de la Universidad de Valencia, que ha hecho un gran número de publicaciones y que ha celebrado congresos específicos sobre ello. Éstas han sido, sin duda, las mayores impulsoras del desarrollo de la arqueología industrial en España, consiguiendo, a través de sus actividades, que tanto las administraciones como las universidades se interesen por el tema.

Conservación, musealización y reutilización: una segunda vida para el Patrimonio Industrial

Tras el *paso previo* del que hemos hablado en las últimas páginas, éste es el procedimiento más seguido en la actualidad: después de su inventariado, los elementos del patrimonio industrial necesitan ser objeto de algún tratamiento que garantice su preservación de cara al futuro, tanto para ser objetos de estudio como para servir de memoria de una determinada época.

El problema que existe en este caso, como en tantos otros aspectos del patrimonio industrial y de su gestión, es la falta de una política unitaria al respecto, de unos protocolos de conservación y de tratamiento del patrimonio industrial, muchas veces dejadas al arbitrio de quien queda al cargo de ellos. En 1990, Marilyn Palmer hacía un llamamiento al *English Heritage* para que se hiciese el cargo de, al menos, los edificios industriales más importantes, algo que todavía no se ha hecho realidad para la mayoría de los casos (Palmer 1990:28). En el caso de España, existen todo tipo de situaciones: desde algunos que son comprados por las Comunidades Autónomas para su reutilización a otros gestionados por asociaciones o que está en manos privadas. En el año 2000 se puso en marcha el Plan Nacional del Patrimonio Industrial, gestionado por la Dirección General de Bellas Artes y Bienes Culturales a través del Instituto de Patrimonio Histórico Español. Se creó una comisión para definir el concepto de Patrimonio Industrial, su ámbito cronológico y temático... Con una voluntad de la Administración de proteger, conservar y dar a conocer el Patrimonio Industrial. En Junio de 2001 se abrió el plazo para que las Comunidades Autónomas elaboraran un catálogo de bienes industriales, del cual se seleccionarían los que

necesitasen con más urgencia de una intervención. (Linarejos 2002) Se consideraron tres tipos de *Bien industrial*:

1) elementos aislados: aislados desde su concepción (por ejemplo, un puente) o por pérdida de parte de un edificio (una chimenea). Son considerados como tales si son testimonios de lo que fueron en el pasado.

2) conjunto industrial: en el que sí que se conservan todos los elementos (una fábrica)

3) paisaje industrial: se conservan visibles en el territorio todos los componentes esenciales de los procesos de producción de una o más actividades industriales.

Estos conceptos, además de mostrarnos la división administrativa de los inventarios, son útiles para comprender los tratamientos posteriores que recibirán los bienes industriales, dependiendo del tipo que sean.

El periodo de tiempo que abarca es desde mediados del siglo XVIII hasta la introducción de la automatización, resolviendo el problema existente entre los diferentes criterios de las Comunidades Autónomas.

Se han creado varias áreas temáticas, divididas en 1) Patrimonio genuinamente industrial y 2) elementos arquitectónicos vinculados

al patrimonio industrial (colonias de trabajadores, chimeneas).

El Plan Nacional se articuló en cuatro fases de actuación:

- 1) Confección de un catálogo de Bienes Industriales susceptibles de intervención.
- 2) Actuaciones necesarias para la declaración de Bienes de Interés Cultural (BIC), si procede.
- 3) Redacción de los Planes Directores de dichos bienes.
- 4) Intervención en los bienes seleccionados.

Pero la realidad actual es que parece que este Plan Nacional se ha quedado tan sólo en *buenas intenciones* porque no se conoce ninguna puesta en práctica más allá de la elaboración de una lista de bienes industriales objeto de labores de conservación y rehabilitación. Desde el año 2002 no se ha publicado nada, y la página de Internet no está activa.

El problema de la precariedad en la que se encuentra el patrimonio industrial en la actualidad se debe a que existen un enorme número de elementos a conservar, proporcionalmente mucho mayor al de otros tipos de patrimonio. Los edificios, máquinas y objetos industriales quedan obsoletos en poco tiempo, y, en el caso de edificios, se

hallan situados en muchas ocasiones en espacios urbanos privilegiados, de gran interés para la especulación urbanística. Pero como ni la sociedad tiene una educación de interés y protección del Patrimonio Cultural (y menos aún del industrial), ni la Administración está sensibilizada, no existen apoyos ni sociales, ni políticos ni económicos para llevar a cabo una política de protección del Patrimonio Industrial.

***La mejor forma de conservación:
la reutilización***

Cuando surgió el movimiento de concienciación del Patrimonio Industrial, nació asociado al concepto de conservación. La única forma de preservar un bien industrial es conservarlo para evitar la degradación inevitable en el tiempo. Las diferencias en este caso entre un objeto y construcción son grandes: el primero puede recibir un tratamiento para su conservación después ser almacenado o expuesto. Pero una construcción no sólo necesita ser rehabilitada, sino que a partir de entonces, necesitará cuidados constantes, como todo edificio, para evitar su degradación. El problema es que rehabilitar y mantener un edificio es sumamente costoso.

La solución llegaría con la idea de una reutilización de esos espacios.

Los paisajes urbanos fueron configurándose a lo largo de siglos, y la industria tuvo en ellos un papel muy destacado, con una desigual calidad entonces, pero muy degradada en la actualidad. Además, hoy en día, "se puede considerar un despilfarro material y cultural la destrucción de estos edificios, dadas sus condiciones de fácil acceso, situación en espacios urbanos o naturales significativos, su buena iluminación y su gran superficie diáfana edificada, que les permite ser rehabilitados y conservados para muy variados fines"(Sobrino 1998).

La reutilización puede tener muy diversos fines, desde su propia función industrial tras la rehabilitación, a crear un museo - en sus diversas variantes - o a cualquier otra función: oficinas, tiendas, lugares de ocio... las posibilidades son enormes. Haremos una división de los diferentes tipos, siguiendo el modelo y ejemplos de Joaquín Sobrino (Sobrino 1998):

a) Edificios rehabilitados para la industria: puede ser que se produzca una continuidad del lenguaje arquitectónico de la construcción antigua(*Fábrica Godó y Trias* en Hospitalet o Almacén de FENOSA en Santiago de Compostela) o que se haga una *interpretación* de ese lenguaje, adaptándolo a las nuevas tendencias(*La Algodonera de San*

Antonio o la fábrica de cervezas *La Cruz del Campo* en Sevilla).

- b) Edificios industriales cuyo uso ha sufrido variaciones: en muchos casos, han sido destinados a albergar museos e instituciones culturales, aunque también han sido destinados a otras funciones. Un claro ejemplo del primer tipo es la *Fábrica de Cerámica de la Cartuja*. Situada sobre un convento desamortizado en el siglo XIX, reutilizó en 1841 el espacio, transformándolo en varios edificios industriales y hornos cerámicos. En la Exposición Universal de Sevilla de 1992 fue utilizada como Pabellón Real.

Otro interesante ejemplo es el de la antigua Real Fábrica de Vidrio de La Granja, en Segovia, transformada hace algunos años en el Museo de la Tecnología del Vidrio, conservando su morfología original, pero transformándola en un espacio para la exposición, conservación y fabricación artesanal del vidrio. Un claro ejemplo de rehabilitación, a caballo entre el mismo uso anterior (fabricación de vidrio) y su función nueva (museo y biblioteca).

En Madrid existen numerosos casos, algunos muy conocidos: la antigua Estación de tren de las Delicias fue transformada hace años en el Museo del Ferrocarril, y en algunas de sus dependencias,

mas otras añadidas, se ha situado más recientemente el Museo de la Ciencia y la Tecnología. A pocos metros de éste, se encuentra la antigua fábrica de cervezas El Águila, rehabilitada con gran éxito y convertida en Biblioteca y Archivo regional, además de albergar numerosos eventos culturales, conservando casi intacto su aspecto exterior de ladrillo, semejante a otras construcciones de esta zona del distrito madrileño de Arganzuela. Otro caso, quizá el más conocido, es el del Matadero Municipal y Mercado de ganado de Madrid, en el mismo distrito que los anteriores, el cual

hasta hace unas décadas, y sobre todo a principios de siglo, eran el límite al Sur de la ciudad de Madrid, una zona eminentemente industrial. Este edificio ha sido objeto de todo tipo de promesas de rehabilitación por parte del Ayuntamiento, pero no ha sido hasta el año 2006 cuando se han iniciado realmente los proyectos de rehabilitación del edificio para transformarlo en un espacio dedicado a estimular la producción y promoción del arte y la cultura contemporáneos. Se supone que este proyecto habrá finalizado en 2011, pero puede que quede, como en los casos anteriores, en papel más arriba, que la rehabilitación de un edificio industrial es un proyecto

costoso, que después necesita ser mantenido. En general, los edificios industriales tienen espacios diáfanos de gran superficie que son estéticamente agradables y adaptables a cualquier necesidad, lo que los hace muy *apetecibles* para todo tipo de usos, tanto públicos como privados. Pero este tipo de proyectos, que cada vez gozan de más prestigio social, son usados en muchos casos, como en tantos otros aspectos, para dar *publicidad* a los políticos que gobiernan en un sitio determinado, aunque finalmente los proyectos no se lleven a cabo por falta de presupuesto.

La importancia del paisaje industrial

Cuando hablamos de arquitectura industrial no podemos concebir el edificio o conjunto de ellos sin un paisaje en el que quedan insertados. El paisaje industrial es portador de nuevas concepciones de la historia específica de un lugar, son espacios generadores de riqueza que por las transformaciones sufridas y por la evolución de las actividades realizadas pasan del florecimiento al declive (Feliú 1998). La Industrialización ha alterado los paisajes de todo el mundo de forma irreversible, al menos por completo. Ante esta situación, podemos tomar dos posturas:

- a) Revertir la situación: intentar volver a la situación paisajística anterior al proceso industrializador. El mayor problema de esto es que en muchos casos, se desconoce cómo era anteriormente, o es imposible debido al tipo de alteraciones, como puede ser el caso de una mina a cielo abierto.
- b) Conservar el paisaje industrial como identidad local: este pertenece a la identidad local, a los habitantes de una determinada zona, y forma desde que se recuerda parte de su *paisaje vivido*. La pregunta que en este caso podemos formular es: ¿qué es más auténtico, un paisaje natural ajeno a la historia reciente (la que la gente que allí vive reconoce como suya finalmente) o el paisaje industrial?

La posición que actualmente es más aceptada es la segunda, por ser la más factible en todos los aspectos. Además, una industria *sin uso* deja de contaminar, lo que elimina uno de los aspectos más negativos que supone la presencia de una industria en el medio rural (o urbano). El territorio y la forma de vivirlo constituyen

referentes para una inquietud cada vez más extendida en nuestra sociedad, que reivindica lo local como medio de ampliar su autonomía sobre su entorno y aumentar su bienestar (Rodríguez Gutiérrez 1992).

El paisaje es el espacio de inserción de una comunidad cultural, la cual actúa sobre él según sus prácticas, normas y valores. Constituye la *memoria colectiva* de un grupo, la cual además suele *anclarse* en determinados elementos que considera especialmente significativos. En este caso, esos elementos son edificios industriales, minas, chimeneas...

La recuperación de regiones deprimidas por la desindustrialización

En una situación como la que se encuentra Europa en la actualidad, de una gran desindustrialización que está afectando a amplias regiones, sobre todo a las que estaban dedicadas a la producción o extracción de un solo producto (zonas mineras, ciudades con astilleros, por ejemplo), se están requiriendo soluciones para los problemas que se están generando en estas regiones y en su poblaciones, las cuales quedan deprimidas, con altísimas tasas de paro que conllevan en muchos casos la migración a las ciudades. Son los denominados *baldíos industriales*.

Para evitar estas situaciones, se están llevando desde hace más de una década planes especiales para este tipo de áreas, en las que se combinan la acción económica y la cultural como factores de cohesión regional. En España, tenemos los trabajos más interesantes en áreas que tenían una economía dedicada a la explotación del carbón (Asturias) y a las ferrerías (País Vasco), en las cuales se han realizado un gran número de proyectos de reactivación económica y social a través de la recuperación de su pasado industrial.

Desde un punto de vista geográfico, podemos establecer dos tipos de *baldíos industriales*: los que se encuentran en un entorno rural y los que están situados en un área urbana, ya sea en la propia ciudad o en su periferia inmediata. Abordaremos en primer caso los espacios rurales.

Si analizamos el caso asturiano, que es uno de los que posee una mayor bibliografía al respecto (ver publicaciones del INCUNA, revistas *Ábaco* número 1 y 19) y tal vez también una concienciación social superior a la que existe en otras regiones del país, podemos entender un poco mejor a lo que nos referimos con un proceso de regeneración económica y social, además de cultural. Para actuar en una región deprimida por la desindustrialización, la Unión Europea

ha creado un sistema que analiza un número de variables: porcentaje de paro, pérdida decreciente de empleo en el sector secundario, determinado nivel de renta per cápita... A esto debemos añadir otros que la UE no tiene en cuenta, como es la dependencia de una región en un aspecto concreto del sector secundario o industrial, o que los centros empresariales se hallan muy alejados del territorio donde se encuentra la explotación industrial y su problemática. También hay que tener en cuenta que regiones como Asturias (pero es algo que podemos extender a muchas otras regiones *monoindustriales*) tienen graves carencias infraestructurales y de degradación medioambiental. En este ambiente deprimido, la arqueología industrial tiene un papel esencial, ya que posee las herramientas adecuadas para valorar y recuperar los bienes industriales que sino quedan como *cadáveres de un pasado industrial* en una región cada vez más *muerta* socioeconómicamente, con lo que conlleva de abandono y envejecimiento de la población. Se están desarrollando planes conjuntos entre fondos de cohesión de la UE, la Comunidad Autónoma y los municipios para estimular estas regiones a través de la revalorización de su reciente pasado industrial. En esta situación, es importante, como dice Fermín Rodríguez Gutiérrez, que

se “facilite la participación activa de los grupos sociales interesados, la información clara y completa [del proyecto], el debate amplio y no sesgado, con el fin de obtener un consenso lo más amplio posible sobre la construcción física de la ciudad o el rumbo del desarrollo local de la comunidad” (Rodríguez Gutiérrez 1992:74). Porque no debe olvidarse que estos proyectos se hacen para revitalizar una comunidad, y no para favorecer intereses concretos.

Desde los años ochenta vienen desarrollándose en Europa estrategias de desarrollo local para estas regiones deprimidas. En ellas se busca, ante todo, ampliar el campo de autonomía de éstas y aumentar así el empleo local, con una menor dependencia de los centros de poder. Dentro de estas estrategias se incluyen todo tipo de medidas: mejoras de la accesibilidad, provisión de suelo industrial, medidas de formación, de asesoramiento empresarial, de creación de ciertas empresas con *capacidad de arrastre* para otras iniciativas culturales o empresariales, de investigación de los recursos, de difusión de un proyecto cohesionador, de recuperación ambiental... (Rodríguez Gutiérrez 1992: 76). Este tipo de proyectos se han llevado a cabo con éxito en lugares como la Valonia belga, la Nord Pas de Calais en Francia o la región de Stathclyde en Escocia, lugares-paradigma de la primera

industrialización dedicadas a la producción y extracción de materias primas que a partir de los años cincuenta comenzaron a entrar en regresión económica, con las consecuentes crisis demográfica, alto desempleo, desmantelamiento industrial y deterioro paisajístico.

La base de estas estrategias reside en las administraciones públicas, que deben tener la iniciativa que estimule a la inversión de capital privado. Es importante una recuperación ambiental rápida, y que la reconversión se dedique a una diversificación de las actividades económicas para salvar los problemas anteriores derivados de la especialización.

Pero para el aspecto cultural y patrimonial, que es el que nos interesa, es importante desembarazarse de las secuelas negativas de las viejas industrias, es decir, que se perciba el pasado industrial como algo positivo y conformante de la identidad comunitaria, además de cómo una posible fuente de ingresos. Debe evaluarse qué edificios deben ser rehabilitados, el dinero del que se dispone para dicha recuperación, y destinarlos a una transformación de uso (viviendas, oficinas, almacenes, centros comerciales...) o simplemente, en nuevas industrias, conservando las antiguas estructuras cuando se pueda y añadiendo las que sean necesarias.

En estos casos, la recuperación del Patrimonio Industrial no es un fin, sino un medio para conseguir *reflotar* a una región deprimida.

Un ejemplo de paisaje industrial urbano son las colonias industriales que se crearon a los márgenes del río Llobregat en los siglos XIX y XX. Éstas se crearon para poder alojar a los obreros de las industrias textiles que se fueron situando en esta zona, las cuales han ido evolucionando a pueblos que casi se han fusionado con el tiempo. En las últimas décadas, las fábricas han ido cerrando, dejando un gran número de edificios vacíos, además de que colectivos enteros de trabajadores cualificados quedaron en el paro. Para solucionar el problema, se planteó la creación del Parque Fluvial Navás-Berga, popularmente denominado "parque de las colonias". La calidad de las viviendas es variada, y en algunos casos la rehabilitación no es posible, pero en su mayor parte ha sido realizada con éxito. Se han valorado mucho las buenas comunicaciones con Barcelona y su área metropolitana y la existencia de un tejido viario alternativo a la carretera principal que articula las 15 fábricas y las 14 colonias. Para gestionar el Parque se creó un consorcio con representantes de todos los ámbitos económicos del área, el cual posee una oferta de ocio, servicios, espacios habitacionales y producción. Se ha fomentado el

conocimiento del patrimonio arquitectónico a través de un parque temático, combinado con la conservación y puesta en valor del patrimonio natural del entorno, además de la potenciación urbanística (Escur 2005: a).

En las ciudades, la rehabilitación de edificios industriales supone la contrastación de lo nuevo con lo antiguo, la inserción de un estilo arquitectónico antes marginal a uno primordial en la estética urbana. Áreas industriales antes a las afueras de la ciudad han quedado en muchos casos en el interior, por lo que una función fabril queda obsoleta, y es necesaria una rehabilitación para nuevos usos. Como ya hemos dicho en otras partes del trabajo, las naves industriales son fácilmente adaptables a nuevos usos y sus amplios espacios y buena iluminación hacen que posean un gran atractivo. Son conocidos innúmeros casos de rehabilitación de antiguos barrios industriales para la creación de oficinas, galerías de arte y *lofts* (casas diáfanas), los cuales conservan la estética industrial que les proporciona una identidad propia y distintiva.

La solución: el turismo industrial

En una sociedad como es la posmoderna en la que vivimos en Europa, donde la mayor parte de la población es urbana y se dedica al

sector terciario, el ocio es un valor en alza. Una amplia franja de la sociedad posee tiempo y dinero que desea gastar en una oferta cultural cada vez mayor, y la puesta en valor del Patrimonio Industrial es un hecho cada vez más evidente y que está generando un ámbito del turismo cultural especializado en recorrer el pasado más cercano.

Como hemos dicho más arriba, los bienes industriales han pasado de ser una reliquia o una rémora a ser una palanca para el progreso económico y social de regiones o localidades enteras. Existe una oferta cada vez mayor de museos, centros de interpretación y ecomuseos de todo tipo que acerca al ciudadano de a pie al conocimiento del patrimonio industrial. El Turismo Industrial promueve recorridos por las áreas industriales, itinerarios, que ponen en relación el patrimonio natural, cultural e industrial de una determinada zona para comprenderla en todos sus matices. Para la creación de estas rutas, es importante buscar los aspectos que despierten el interés del público, que se identifique con las referencias y, a ser posible, que pueda tener una atracción casi afectiva de *ponerse en al situación* de la gente que vivía y trabajaba en aquellos espacios industriales.

Los museos industriales: la mejor forma de acercarse al Patrimonio Industrial

El concepto de museo ha cambiado mucho desde los gabinetes que albergaban en vitrinas piezas apreciadas por su valor estético o por su antigüedad. Desde el segundo tercio del siglo XX en Escandinavia, y en el resto del mundo en el último cuarto del siglo, comenzaron a desarrollarse nuevos planteamientos museográficos, con un papel más importante en la sociedad general, dejando de ser espacios casi elitistas. Se llevó a cabo una revitalización de un patrimonio antes *enclaustrado*. Con un espíritu de *renovarse o morir*, los museos necesitaban adaptarse a la época y atraer al público de dos posibles maneras: con un mayor rigor, a través de la investigación científica, y con la necesidad de un lenguaje y una estética más vivos y participativos (Lopes 2001).

Encontramos los antecedentes de los museos industriales en los museos al aire libre escandinavos, en los cuales se adaptaron antiguas fábricas para la visita pública en las primeras décadas del siglo XX. Los verdaderos museos industriales no surgirán hasta los años sesenta del pasado siglo, cuando comienza a nacer un creciente interés por el pasado industrial, además de la concienciación de que sus evidencias

materiales desaparecen con gran rapidez debido al continuo avance del desarrollo del mundo capitalista: se crean más museos cuanto mayor es la desindustrialización.

En los años ochenta se produjo un gran aumento de los museos industriales, creciendo en número sobre los otros tipos de museos en países como Gran Bretaña, además de muchas exposiciones temporales, siguiendo el alto ritmo de crecimiento que tuvo en aquellos años la arqueología industrial. Pero, a excepción de los países anglosajones, en general no se ha desarrollado un *corpus* teórico específico para este tipo de museología.

Los museos industriales poseen unos problemas específicos propios que dificultan en muchos casos su creación, o al menos su éxito. Podemos dividirlos en tres tipos (Lopes 2001):

1) Objetos de grandes dimensiones

Debido a la propia naturaleza de los bienes industriales, en muchos casos la maquinaria es de gran tamaño y no puede ser transportada y necesita quedarse *in situ*, o al menos, necesita un espacio especialmente amplio y acondicionado para albergarla. Además de la maquinaria en sí, el mantenimiento de este tipo de bienes precisa que los museos posean un laboratorio propio para la

rehabilitación y conservación de los bienes.

Pero quizá el mayor problema reside en la inteligibilidad de estos objetos: al tratarse de máquinas con un sistema de funcionamiento muy específico, por supuesto no pensado para su exhibición, es muy difícil hacer comprensible su mecánica al público, pero también puede suponer problemas para el propio personal del museo, que puede no estar preparado técnicamente para su explicación. En general, es necesaria la explicación del proceso productivo entero para comprender el funcionamiento de una máquina aislada, aunque en otros casos se podrá mostrar la cadena entera.

El gran tamaño de las máquinas imposibilita en muchos casos su conservación, por lo que son necesarios criterios específicos de selección, en función de su interés, capacidad representativa de la industrialización de una determinada región o una época y del valor patrimonial. El potencial de comprensión por parte del público y de su forma visual, ya que siempre tendrá más interés si es más atractivo a la vista.

2) Constitución de colecciones industriales

Frente a otro tipo de bienes patrimoniales, cuya función fue desde el principio ser coleccionados y exhibidos, los bienes industriales

tienen la particularidad de que pasan de tener una función productiva, para la que fueron creados, a una función testimonial, tanto de su propia función industrial como del contexto socioeconómico en el que se hallaba.

Una colección industrial sirve para “auxiliar a las personas a descubrir y a comprender la influencia que la ciencia y la tecnología ejercen sobre sus modos de vida” (Lopes 2001). Es decir, que sirve para algo más que para mostrar los avances de la ingeniería: los bienes industriales son una herramienta para mostrar al público una época, un espacio y una forma de vida diferente a la de los visitantes, pero que es importante que estos conozcan para saber qué ocurrió en su pasado más cercano.

La configuración física de un museo industrial debe ser acorde a su colección: es preciso que se trate de un local amplio adaptable a la exposición de los objetos de su colección y capacidad para un gran almacenamiento y recepción del material. A todo esto, debemos de añadir la necesidad de un personal cualificado en este tipo de museos, que sea capaz de realizar las tareas de conservación, restauración y mantenimiento de la colección. En cuanto a este aspecto, es posible que surja un problema a medio plazo: la falta de espacio para aumentar la colección. Con ello se corre el peligro de tener que rechazar nuevas piezas

de gran valor histórico y patrimonial. Esto ocurre con cierta frecuencia, ya que la capacidad de almacenamiento de los museos es limitada y el proceso imparable de desindustrialización hace que la necesidad de conservar bienes culturales que sino van a desaparecer sea cada vez mayor. Una posibilidad es que los bienes no sean trasladados en un museo: el número de empresas con museo propio es cada vez mayor, e incluso en algunos países se han asociado para conseguir apoyo estatal. Este tipo de museos se sitúan en una parte de las antiguas instalaciones de la empresa, rehabilitada con este fin. Es una labor que reporta beneficios no sólo a la comunidad, por conservar y exhibir bienes industriales, sino también para la propia empresa, que consigue mejorar su imagen, transmitiendo a la vez la idea de antigüedad con la de preocupación cívica y cultural.

Para que exista un buen conocimiento y administración de las colecciones, deben realizarse un dossier e inventarios, a ser posibles acompañados de información de la época, o de testimonios orales de los trabajadores – en el caso de que vivieran – o de técnicos que puedan explicar el funcionamiento. Con esta información, en el caso de que un bien concreto sea expuesto, podrá ser correctamente explicado al público.

3) Conservación

Debido a que se trata por lo general de objetos metálicos, o de madera, su conservación puede ser dificultosa, ya que en muchos casos la degradación del bien ha sido grande. En su proceso de conservación, puede alterarse el bien y perder información (que, al fin y al cabo, es el mayor valor que tiene un bien industrial). En los casos en lo que esto pueda suceder, suele realizarse tan sólo un proceso de estabilización para evitar un mayor deterioro: por ejemplo, la eliminación del óxido.

Dado que las máquinas han sido objetos vivos, en funcionamiento, han tenido un intenso desgaste, y, en muchos casos, la forma final en la que lo hallamos no es la original, muchas piezas están desgastadas, mostrando una morfología diferente a la primigenia, por lo que se *falsea* de alguna manera.

Esta necesidad de cuidados constantes y muy específicos para objetos que fueron pensados con otro fin requiere equipos y laboratorios específicos, con ingenieros y técnicos cualificados, además de la plantilla habitual de un museo.

En general, los museos industriales deben intentar resaltar la especificidad de la industrialización de la región donde se encuentran, cómo transformó el paisaje, la economía, y, sobre todo, la vida de la gente de la región. Porque lo importante de estos museos frente a los de la ciencia y la

técnica es que tienen que reflejar la *relación* entre los hombres y la industria, cómo el proceso de industrialización ha cambiado el mundo en el que vivimos, a escala global y a escala local.

Algunos ejemplos de museos industriales

Debido a la estrecha relación de los museos con los edificios que los albergan, el caso de los industriales debe ser tenido en cuenta por la determinación que supone el hecho de que generalmente sean las propias construcciones fabriles, pensadas originalmente con otros fines, las que se transformen en espacios museísticos.

En los últimos años han aparecido equipos y empresas especializados en proyectos de este tipo, y que ya están preparados para aportar soluciones específicas a los problemas concretos que surgen de esto. Se plantean las vías de búsqueda de financiación pública a través de subvenciones, préstamos, o la autofinanciación, si es que el proyecto podría llegar a ser autofinanciable, como veremos a continuación.

La fábrica textil de La Nueva Encartada (Vizcaya)

Este proyecto, que terminó de realizarse recientemente, posee el interés de ser una fábrica bastante

antigua (1892), pero que funcionó durante cien años con la misma maquinaria y escasas variaciones, hasta octubre de 1992. No es por lo tanto un *fósil industrial*, se halla todavía muy presente en la vida de la gente de Balmaseda, el pueblo en el que se encuentra, y donde todavía existen operarias que conocen el funcionamiento de la maquinaria. Además de la propia fábrica, existe un pequeño barrio obrero formado por dos edificios de viviendas, una escuela-capilla y varios espacios comunes: comedor, lavadero, plaza... La fábrica, que conserva toda su maquinaria, se mueve a través de una turbina hidráulica que trasmite la fuerza a todo el sistema con un mecanismo de poleas y volantes: todo un ejemplo de primera industrialización. La electricidad sólo se utiliza con un sistema de dinamo para la iluminación, el cual se introdujo al hacer una ampliación en los años veinte para crear una línea de fabricación de mantas además de la de boinas original. La fábrica y su maquinaria han sido catalogadas como Bien Protegido por la administración del País Vasco, y es considerada como un ejemplo único por el catálogo del Instituto Ironbridge.

La idea de su rehabilitación parte del aprovechamiento de que la maquinaria que aún es útil, y puede hacerse una muestra *en vivo* de cómo

funciona la máquina, ya que existen trabajadores preparados para ello. El proyecto basó la viabilidad económica en la creación, aparte del museo en sí, de colecciones de tejidos con un diseño atractivo y exclusivo que se vendiese allí mismo y que reportase beneficios económicos. La idea se basa en el concepto de *ecomuseo* de Cyril Simard, que se basa en “la sinergia creada por el atractivo público de conocer en directo una actividad y la capacidad de producir objetos vendibles de esa misma actividad” (Izarzugaza 2001). Los sosegados ritmos de producción – en los que participarán sólo ocho empleados en los horarios de apertura - realizados a la vista del público encajarían con las series limitadas de productos de diseño y alto valor añadido.

Pero a pesar de que La Encartada es un caso especial, debido a que su maquinaria puede ponerse aún en funcionamiento y explotarse económicamente, los cálculos que se hicieron antes de comenzar apuntaban a que no sería rentable, ya que las ventas no alcanzarían a priori para cubrir los gastos que ocasionaba el museo y la propia fábrica, que precisaba de pagar los sueldos de la mano de obra y el mantenimiento de una antigua maquinaria.

La arqueología industrial como interpretación del pasado: espacio y relaciones sociales

Esta tercera perspectiva es, a mi juicio, la que tiene un mayor interés, utiliza no sólo las técnicas y métodos de la arqueología para recoger información *objetiva*, sino que también la interpreta e intenta conocer la sociedad que creó esos restos materiales, al igual que la arqueología hace con un megalito o con una villa romana.

Es quizá en este ámbito donde se han situado las perspectivas teóricas más recientes y alejadas del particularismo que se limita a describir y analiza un bien industrial como tal, sin intentar explicar lo que éste pudo suponer para las personas que lo utilizaron, para el espacio en el que se situó o para el momento histórico en el que fue concebido y utilizado. En general, han predominado visiones marxistas, interesadas en las relaciones de clase, neomarxistas o de la arqueología social americana, que intentan integrar a las propias clases trabajadoras en los estudios arqueológicos o simplemente procesuales, interesadas en entender el funcionamiento de los espacios de trabajo.

La arqueología sobre las clases trabajadoras

Frente a los defensores de la confección de una historia de los últimos siglos extraída del análisis de los documentos, la arqueología industrial ha creado una alternativa. Porque los documentos fueron creados por los propietarios de fábricas, oficinas, periódicos... además de las administraciones, pero hay muy pocos documentos *producidos* por las propias clases obreras. Hasta la segunda mitad del siglo XX, una gran mayoría de los trabajadores de industrias y minas eran analfabetos, pero lo que es inconcebible que creasen documentos. Y si atendemos a publicaciones sindicales, debemos tener en cuenta que se trata tan sólo de un sector de este grupo, y que no se trata de un fiel reflejo de la ideología y de la vida cotidiana de esta clase, sino de reivindicaciones políticas, que son tan solo un aspecto de tantos otros que conforman la vida de un grupo social. La confusión entre una historia de la clase obrera y una del movimiento obrero ha sido muy habitual en una tradición histórica obsesionada con el *evento*: grandes "hombres", batallas, huelgas, revoluciones, etc. han primado sobre otras visiones (Cerdá 1991). Por lo tanto, a través de la arqueología industrial podemos conocer cómo vivían estas clases obreras mediante

el estudio de sus casas y su cultura material, cómo se distribuía el espacio de las fábricas, las condiciones reales de trabajo, la repercusión del nuevo sistema socioeconómico en las poblaciones agrícolas, la sanidad e higiene, la alimentación... una gran cantidad de información imposible de obtener por otros medios. En estos ámbitos, la documentación es prácticamente inexistente. En este aspecto, la arqueología industrial enlaza con la arqueología histórica o contemporánea, pero se dedica estrictamente a los ámbitos relacionados con la industrialización.

Desde los años cincuenta, el estudio de las clases trabajadoras adquirió un gran interés para muchos jóvenes historiadores del momento, partiendo de tesis marxistas, y este tipo de estudios – siempre a partir de documentos - han ido evolucionando a una visión universalista, a modo de creación de una *historia universal* de la clase obrera. En todo caso, este tipo de estudios han observado la carencia de recursos documentales que permitan una visión general y objetiva de las realidades sociales de estos grupos. Pero parece claro que la industrialización ejerció consecuencias graves, o al menos *importantes*, en las capas más bajas del tejido social, que pasaron a conformar las *clases obreras*. Debido a este intento de crear una historia universal, tienden a extrapolarse los

conocimientos que se tienen de las condiciones de la Inglaterra de la Primera Revolución Industrial al resto de países y épocas, cuando la industrialización fue un proceso muy desigual en el tiempo y en el espacio, y parece claro que poco tuvieron en común una trabajadora textil del Manchester de principios del siglo XIX con un minero asturiano de finales del mismo siglo. Por lo tanto, parece evidente que es necesario el estudio de las diferentes realidades concretas, situadas en su contexto espacial y temporal, aunque posteriormente sí que podamos extraer algunas conclusiones comunes o que puedan llegar a tener un carácter universal, como puedan ser los cambios producidos por el paso de sociedades campesinas a industriales, con lo que ello conlleva de alteraciones en la percepción del mundo y en los detalles más pequeños de la vida cotidiana. La perspectiva evolucionista ha primado en los estudios sobre la industrialización y las clases trabajadoras: en general, se ha tenido la visión de que el capitalismo industrial ha producido el desarrollo de la sociedad, que la ha hecho mejor y tecnológicamente más avanzada y suficiente. Lo que no se ha planteado en estos casos ha sido ¿mejor para quien? ¿Vivían las clases trabajadoras mejor trabajando doce horas en una mina que siendo campesinas? Nuestro etnocentrismo y la continua

justificación que hace el capitalismo de sí mismo para que sea percibido como bueno y como *la mejor de las opciones* frente al *atraso* de otro tipo de sociedades menos complejas ha conseguido que el pensamiento hegemónico sea el de aceptación de las consecuencias que ha tenido la industrialización, primero en el mundo occidental y después en el resto del planeta, siempre por imposición.

La pregunta es ¿qué puede hacer la arqueología industrial por esto? Esta materia, combinada con el estudio de los documentos – ya que el fin último es el conocimiento histórico más completo posible – intenta reconstruir la relación entre la innovación tecnológica que la industrialización capitalista supuso, las consecuencias que esto pudo tener en las formas de organización y las relaciones entre ellas y el entorno circundante (Cerdá 1991). Puede que exista algún tipo de documentación sobre los sitios industriales de mayor importancia, aunque esta relate desde una perspectiva u otra la vida de las clases trabajadoras, sobre todo en determinados lugares donde la industrialización fue más fuerte y la situación fue más penosa para los trabajadores. Éstos han sido los documentos utilizados por la mayor parte de los historiadores para hacer estudios sobre las condiciones de vida de los trabajadores industriales. Pero por lo general existe una gran

carencia de documentos a este respecto, e incluso un falseamiento de la realidad a propósito o involuntariamente. Sin embargo, la arqueología industrial posee las herramientas adecuadas para obtener información fidedigna sobre la vida de los hombres y mujeres trabajadores, ya que su cultura material permite acercarnos a su forma de pensar y ver el mundo, algo imposible de obtener mediante fuentes escritas. Los datos arqueológicos permiten también comprobar la verdad o falsedad de lo que dicen los documentos, y permite salvar los *escalones* y discrepancias existentes entre éstos (Cerdá 1991).

Según esta perspectiva de la arqueología industrial, la disciplina está más interesada en los hombres y las mujeres que en las cosas: si se interesa por los bienes industriales, tanto los de producción como los propios productos, es porque han sido hechos por las personas, con todo lo que ello conlleva. Pero no debemos olvidar, por otro lado, que quien ha diseñado y financiado las fábricas, las casas y las máquinas han sido las clases altas, pero para ser usadas y vividas por las trabajadoras. La fábrica no es sólo un edificio donde se producían cosas, es la *materialización* del capital, el lugar que manifiesta las relaciones sociales de producción. Es un punto de partida que no debe olvidarse en los estudios de este tipo, ya que no son las construcciones,

espacios y cultura material que ellos *decidieron* tener, sino la que les *obligaron* a tener. Esto, como veremos a continuación, es determinante para comprender la distribución de las colonias de trabajadores, las pequeñas casas, el material de construcción, los sistemas de ventilación e iluminación en casas y fábricas, el poco espacio que dejaban los puestos de las fábricas a los trabajadores o la distribución espacial de los diferentes grupos profesionales de trabajadores. Podemos reconstruir el sistema de producción, cómo funcionaban las máquinas, por qué fueron sustituidas, cuáles fueron las mejoras y por qué se realizaron, dónde fueron dejadas las máquinas desechadas, etc. Estas son cosas importantes pero que nunca aparecen reflejadas de forma escrita, y que nos permiten, por ejemplo, saber por qué se producían determinados accidentes laborales, o la cantidad de trabajo que suponía una determinada producción. Pero como destaca Eric Grant (citado en Cerdá 1991:410), mientras que la arqueología *tradicional* comenzó hace tiempo a aplicar teorías sociales, especialmente estructuralismo y marxismo, la arqueología industrial ha parecido quedarse bastante al margen de ello, cuando debería ser un buen *caldo de cultivo* para este tipo de estudios. Además, el número de estudios realizados en arqueología

industrial sobre las clases trabajadoras es muy pequeño respecto al total. Como mucho, este aspecto se incluye en trabajos más generales, y sobre todo en cuanto a las casas se refiere.

Otra fuente que puede ser utilizada por la arqueología industrial, y que por lo general no es muy explotada, es la de las imágenes. No sólo fotografías publicadas, sino las fotografías personales pueden aportarnos mucha información en gente que por lo general no escribía y de la que, como ya hemos dicho antes, sólo podemos saber a través de los restos materiales que dejaron.

Las colonias industriales

El proceso de industrialización ha tenido un gran impacto en la vivienda. En muchos casos, se creaban fábricas en lugares donde no existía o había escasa población, por lo que era necesario emplear mano de obra alóctona, ya fuese de otras regiones del mismo país o proveniente de las grandes corrientes migratorias, dependiendo del lugar y la situación.

Dependiendo de los casos, las compañías se encargaban de facilitar una vivienda a los trabajadores o no. En este segundo caso, solían ir apareciendo barrios obreros sin ningún tipo de planeamiento urbanístico previo, generalmente en condiciones de salubridad muy malas, con hacinamiento, malos materiales, sin ningún tipo de infraestructuras...

Parece claro que la industrialización produjo un urbanismo nuevo y claramente diferente al preexistente determinado por las nuevas condiciones de aglomeración rápida de grandes cantidades de población. Un estudio arqueológico de estos barrios obreros sería de gran interés y aportaría informaciones muy importantes acerca de cómo se fueron creando estos barrios, la utilización de materiales, el tamaño y la disposición de las casas... Pero los estudios de este tipo de momento – al menos entre las búsquedas, que han sido muchas, para este trabajo – parecen inexistentes.

Los estudios históricos y arqueológicos sobre vivienda obrera se han desarrollado sobre todo sobre las llamadas *colonias obreras*, construidas generalmente por las propias compañías – y en algunos casos mediante cooperativas de obreros en momentos más recientes – que solían alquilar a bajo precio a los trabajadores de la fábrica o de la mina. Éstas han sido estudiadas según criterios muy diferentes, y aquí sólo nos limitaremos a exponer de forma muy básica qué eran y qué información pueden aportar al estudio del pasado industrial.

Dentro de este tipo de viviendas, la forma y la calidad eran muy variables, dependiendo generalmente del interés del empresario en la calidad de vida de

sus trabajadores. Los casos más antiguos que se conocen se datan en el siglo XVI en unas minas de Eslovenia, en el que los propios mineros construyeron estas casas, y promovieron la construcción de iglesias y escuelas para sus hijos, e incluso más tarde se crearía una universidad técnica compartida entre varias minas de la región.

En general, debemos tener en cuenta el papel transformador no sólo del paisaje, sino también de la cultura y las mentalidades que tuvo el paso de zonas rurales y campesinas a otras rápidamente urbanizadas y con una economía totalmente diferente, en la que los trabajadores producían cosas que no eran para su consumo, y tenían que consumir productos no producidos por ellos, generando, por lo tanto, un mayor desarrollo de las industrias, que eran necesarias para mantener a estas poblaciones. Las viviendas hechas por las compañías, eran una proyección de lo que éstas querían o entendían que necesitaban sus trabajadores: las viviendas obreras formaban parte del discurso político y moral de una clase (la empresarial) sobre otra, la obrera (Cerdá 1991: 414). Las transformaciones tanto del interior como del exterior de las casas reflejan las nuevas necesidades creadas por la industrialización, son una plasmación de las nuevas ideas que se estaban desarrollando.

En este ámbito, corresponde un análisis espacial de la situación de las viviendas obreras, edificadas en lugares menos bonitos, saludables o accesibles que las que eran diseñadas para los ingenieros y demás. En el caso de que fuesen casas construidas por los propios obreros, era muy habitual seguir modelos importados de los lugares de origen de los trabajadores, ya fuesen campesinos o extranjeros, pero adaptándolas al nuevo entramado urbano y a las necesidades creadas por la nueva forma de vida. Las casas construidas por las compañías expresamente para este fin tenían una distribución pretendidamente funcional, donde primaban la racionalidad en los espacios internos, la salubridad (sobre todo desde mediados del siglo XIX, la higiene fue en muchos casos una de las principales preocupaciones en este ámbito) y una compartimentación de los espacios acorde con los nuevos estándares de familia y relaciones sociales. En muchos casos, a partir de la segunda mitad del siglo XIX, y sobre todo en el siglo XX, las familias obreras fueron adoptando modelos sociales adaptados de la burguesía, lo que se refleja en su cultura material. Se fueron diferenciando cada vez más lo público (vivienda familiar) de lo privado (plazas, mercados, parques), lo individual de lo colectivo, con una mayor autonomía de la familia nuclear

como elemento básico de la organización social.

Las casas eran realizadas con materiales baratos y de forma muy sencilla, con la intervención de manos de obra no cualificada, y solían proporcionar un espacio más bien escaso para cada familia. Los primeros modelos surgieron en países fuertemente industrializados, como Gran Bretaña o Alemania, siguiendo modelos muy diferentes: desde pequeñas viviendas unifamiliares a grandes bloques de cinco o seis pisos, de estilos muy sobrios y prácticos o otros que imitaban la vivienda pequeñoburguesa, aunque sólo fuese en apariencia.

La construcción de viviendas baratas para los trabajadores fue una de las principales preocupaciones de muchos arquitectos de finales del siglo XIX y principios del XX. Éstos sentían que era algo necesario, y que debía hacerse lo mejor posible, siempre dentro de los precios económicos que exigían las compañías para estos fines. Existen un gran número de ejemplos. En España existen muchas colonias industriales del Llobregat y el Ter debido al gran número de fábricas que surgieron a las orillas de algunos ríos cercanos a Barcelona, entonces zonas totalmente rurales que tuvieron que adoptar sus paisajes a las nuevas necesidades industriales. Una de las más conocidas es la *Colonia Güell*, promovida por el

empresario del mismo nombre que encargó al arquitecto Gaudí un proyecto global de calidad material y estética. Frente a éste, tenemos el ejemplo de Viladomíu, colonia que fue surgiendo poco a poco, sin ningún planeamiento (Escur 2005:a). Otros ejemplos los encontramos en el Norte de España sobre todo relacionados con las minas. Se han estudiado proyectos como el de Mariano Belmás (Adams 2001) que muestran el interés de los arquitectos por aportar soluciones constructivas que cubriesen las necesidades de los obreros. No sólo la higiene, sino también la moralidad mejorarían con este tipo de viviendas: al tener una vivienda propia, el trabajador se alejaba más del vicio, y se facilitaba también la educación y el civismo de las familias. Pero entre esta visión utópica y la realidad solía haber un trecho. En casi todos los casos, se optaba por modelos ya realizados con anterioridad, con variaciones para adaptarlos al terreno, para evitar así gastos del diseño de un arquitecto y garantizar el éxito del proyecto, sin querer arriesgar en nuevas fórmulas, como las propuestas citadas de Belmás, que quedaron en papel mojado. Además, debemos reseñar que las compañías no estaban interesadas en facilitar un gran número de viviendas, sino que fuese un *bien preciado* para sus trabajadores, el cual fuese difícil de

conseguir, y que iba asociado al propio empleo: si el trabajador era despedido, se quedaba sin casa también. Era una forma de mantener a los trabajadores *amarrados* a la fábrica, limitando sus libertades de elección y fomentando una gran dependencia que no sólo se limitaba a la vivienda.

Estas colonias, además de las propias casas, poseían una serie de infraestructuras, como escuelas, iglesias, mercados, plazas, etc, aunque variaba mucho de una a otra (Hughes 2005). Normalmente estas iban desarrollándose con el tiempo, en función de las necesidades de las comunidades que iban surgiendo. Solían crearse tiendas, ya fuesen controladas por la propia compañía, por una cooperativa de los trabajadores o como una cesión a la familia de algún trabajador, que proveían de todo tipo de productos a la comunidad. En ocasiones, además existían espacios (creados expresamente o no) para mercados ambulantes periódicos. Es interesante el ámbito de las iglesias. En algunas ocasiones, eran erigidas por las compañías, pero en otros eran los propios obreros, con otro tipo de creencias, los que construían pequeñas iglesias de acuerdo a sus propios cultos. Esto ocurría sobre todo en las áreas protestantes, donde existían un gran número de sectas diferentes. En el caso de las escuelas,

dependían generalmente del interés del empresario en los hijos de sus trabajadores, generalmente futuros obreros del mismo lugar. En algunos casos, se creaban orfanatos, cuyos niños eran educados y preparados para trabajar en la misma fábrica cuando creciesen.

A pesar de que, como ya hemos dicho, las colonias industriales tuvieron siempre una connotación de sometimiento y control por parte de las clases dirigentes, con todo lo que ello conlleva, fueron también lugares donde los obreros pudieron tener una casa más o menos digna donde poder vivir, y unos espacios donde socializarse más allá de la fábrica o la mina. Las escuelas y las iglesias permitieron el desarrollo posterior de grupos que realizaban actividades culturales, de la que es más conocida la creación de corales que ensayaban en sus iglesias y actuaban en fechas señaladas. Esto, en muchos casos, ayudó a que la educación de las siguientes generaciones mejorase y tuviesen un *futuro mejor* (Escrú 2005:b).

Una arqueología para la clase trabajadora

Este tipo de arqueología, que podríamos llamar casi *movimiento arqueológico-ideológico*, tiene una clara influencia de las tendencias postmodernas que cada vez tienen

más calado en este tipo de investigación. La arqueología, como otras ciencias sociales y humanísticas, se ha dado cuenta de que, con su interpretación del pasado con una perspectiva actualista, no hacía sino justificar la hegemonía del mundo occidental, postmoderno y capitalista. Frente a esto, se ha propuesto una *arqueología social*, consciente del poder que tienen la arqueología y la historia, de su capacidad para oprimir y mantener una situación injusta, y que decide utilizar los mismos medios para *emancipar* a la sociedad, ayudarla en su lucha por la libertad humana y su dignidad (Duke & Saitta 1998).

Por otro lado, los arqueólogos cada vez son más conscientes de que hacen un trabajo con una audiencia que se limita al ámbito académico y, en algunos casos, a un público interesado en la difusión de la arqueología (que suelen ser temas muy concretos: Egipto, Grecia, Roma, origen de la humanidad...). Muchos arqueólogos achacan la falta de *popularidad* de esta disciplina a que no hay soportes para hacer accesible la información que producen al gran público. La postura que ha tomado la arqueología social es diferente, lo plantea como un *oficio* que puede ser puesto al uso de diferentes comunidades, y en el que debe existir un diálogo entre el arqueólogo y la

comunidad a la que sirve (McGuire & Reckner 2003).

En la actualidad, la relación entre el arqueólogo y el público está enmarcada en un modelo consumista, en la que el arqueólogo *produce un producto* para la sociedad académica y otro simplificado para que sea comprado por el público general. En esta situación, el arqueólogo es el que tiene la *autoridad*, el conocimiento, las habilidades y los derechos para determinar cuáles son las preguntas que se deben hacer sobre el pasado. Pero como es éste el que decide los temas de investigación según sus gustos y criterios, después tiene problemas para *vender su producto*, y, sobre todo, para que el público *piense* como él y comprenda *lo importante que es la arqueología*. Esta visión comienza a ser, aunque tan sólo tímidamente, discutida por los arqueólogos sociales. Ellos son conscientes de que su trabajo va dedicado a diferentes comunidades, y que cada una de estas tiene un pasado y unas necesidades de conocerlo diferentes: el público indiferenciado es un mito (McGuire & Reckner 2003). Además del diálogo con las entidades académicas y con el público de las clases medias, han decidido establecerlo también con los *descendientes* de la comunidad objeto de su estudio arqueológico.

El ejemplo del Coal Field War Project

A modo de ejemplo, he decidido exponer someramente el caso de un proyecto desarrollado por un equipo de arqueólogos sociales norteamericanos denominado "Ludlow Collective". El proyecto se basa en la ejecución de excavaciones arqueológicas en determinadas áreas ocupadas por los mineros y las familias de éstos que trabajaron a principios del siglo XX en unas minas de carbón de Colorado (Estados Unidos) antes, durante y después de un conflicto entre los mineros y la empresa minera que acabó con el incendio del campamento donde se encontraban los trabajadores en huelga, en el que murieron no sólo mineros, sino también mujeres y niños. La finalidad de éste es que las actuales comunidades trabajadoras de la zona se sientan identificadas con ese pasado de lucha obrera a través de la arqueología, y que ello les sirva de ejemplo para su propia vida y problemas actuales.

Parten de la idea de que la disciplina arqueológica ha servido en muchos casos a intereses contrarios o que perjudicaban a las clases obreras. La arqueología está desarrollada por las clases medias para favorecer y justificar sus propios intereses. Formando parte de un movimiento más amplio de fomento de las relaciones entre el mundo académico y las clases obreras desarrollado por la Universidad de Colorado, dentro de

los movimientos anti-globalización surgidos en los últimos años, el *colectivo Ludlow* pretende contribuir a esos esfuerzos estudiando una historia que tiene sentido para los trabajadores y que se pone en relación con sus propios intereses. Los conflictos que se produjeron en las minas de carbón de Colorado no son algo ajeno, sino familiar y cercano, que afecta a los asuntos que hoy día siguen perjudicando a estas comunidades.

En 1913, trabajaban en estas minas 14.000 mineros, un 70% de ellos inmigrantes de muy diferentes nacionalidades (se calcula que allí se hablaban al menos 24 idiomas distintos), que crearon cada una su propia comunidad. Estas minas incumplían un gran número de leyes estatales sobre seguridad y condiciones de los trabajadores, los mineros vivían en condiciones de insalubridad casi siempre en campamentos, y dependían de las compañías para obtener una casa, acceder a productos de primera necesidad, servicios médicos, espacios de reunión social, etc. Esto producía una gran dependencia de los trabajadores respecto a sus compañías, que llegaba al punto de que éstas les instruían en *cómo votar*. Documentos de la época reflejan esta situación como *casi feudal*. En este año 1913, la *United Mine Workers of America* (UMWA) convocó una huelga

para el otoño. Los huelguistas exigían el derecho a sindicarse, subidas salariales y que se cumpliera la legislación laboral de Colorado. En Septiembre, un 90% de los trabajadores se pusieron en huelga, por lo que fueron expulsados de las casas de las compañías, y se trasladaron a campamentos creados por la UMWA, siendo el mayor de ellos el de Ludlow. La huelga fue desde el comienzo muy violenta, con ataques, disparos y asesinatos de ambos bandos. El 20 de Abril de 1914, la Guardia Nacional atacó el campamento de Ludlow, utilizando entre otras armas dos ametralladoras que dejaron el campamento absolutamente destrozado y agujereado por las balas. Dispararon directamente a un niño, y en los incendios de las tiendas de campaña provocados por los propios guardias murieron dos mujeres y once niños. Como venganza, los mineros se armaron y tomaron el control del distrito minero, destruyendo ciudades obreras de las compañías y asesinando empleados de éstas, hasta que el presidente Wilson envió a las tropas federales para restaurar el orden. El asesinato de mujeres y niños impactó a toda la nación, lo que repercutió en la toma de medidas de los propietarios, entre ellos el famoso John D. Rockefeller, aunque no se sabe hasta qué punto éstas fueron puestas en práctica, pero parece que

escasamente, ya que pocos años después, en 1920, la zona se hallaba de nuevo sumida en huelgas.

Una de las premisas de las que parte el *colectivo Ludlow* es que a través de la cultura material de los hogares se creaba una conciencia de clase. A través de la arqueología, podemos conocer su día a día, sus condiciones materiales y cómo se reflejan en ellas las relaciones de género, las diferencias étnicas o su posición social antes, durante y después de la huelga de 1913-14. En este estudio de la cultura material de las casas de los trabajadores, las mujeres y los niños tenían un papel esencial como agentes en la formulación de la conciencia de clase que ayudaría a unir a los trabajadores en la huelga. Éste es un caso donde parece evidente que la arqueología es necesaria, ya que jamás podríamos conocer estos datos a través de los documentos.

El proyecto se desarrolló a lo largo de cinco campañas de excavación del campamento Ludlow y de las casas de las compañías usadas por los mineros antes y después de la huelga.

Para estudiar el campamento, llevaron a cabo una prospección del terreno, y utilizaron fotografías de la época de la huelga para situar en el propio campo la posición de las diferentes tiendas, que fueron de gran ayuda.

El *colectivo Ludlow* con su trabajo he intentado cambiar la visión tradicional creada por los historiadores de que las luchas fueron llevadas a cabo exclusivamente por los hombres mineros, los cuales compartieron una experiencia común en las huelgas, pero después volvían a sus casas y mantenían vidas separadas y condicionadas por sus identidades étnicas, con un papel de la mujer casi inexistente. Este colectivo parte de que la conciencia de clase y la etnicidad afectaban tanto a la casa como a los espacios de trabajo, tanto al hombre como a la mujer, y que ambos compartían una experiencia cotidiana común determinada por su posición social. Según los estudios arqueológicos se evidencia una clara división étnica no sólo en los lugares de habitación, sino también en los de trabajo, creándose cuadrillas diferentes determinadas por la nacionalidad, lo que coincide con otros casos estudiados de espacios de trabajo de finales del siglo XIX y principios del XX.

La idea de la existencia de una experiencia comunal que ayudó a la formación de un espíritu huelguista y de unión de estas diferentes comunidades es difícil de demostrar (McGuire & Reckner 2003). En los trabajos arqueológicos se han hallado restos que han mostrado espacios dedicados a letrinas, basureros y patios, en un gran número de barrios

obreros construidos entre 1892 y 1931, construidos tanto antes de las huelgas como después, formando parte de las medidas de mejora adoptadas por las compañías. Se hicieron estudios de cómo la basura era transportada a los basureros, y análisis estratigráficos de éstos. Son interesantes los estudios que hicieron a través de los restos para saber cómo las mujeres podían alimentar a una familia entera con sueldos ínfimos: antes de las huelgas utilizaban, por ejemplo, comida en lata, y hacían con ello sopas, pero después, cuando los sueldos eran aún peores, en el registro arqueológico aparecen huesos de conejos y pollos, es decir, las mujeres, al no poder comprar comida, pasaron a producirla en los propios hogares.

Parte del proyecto era hacer actividades y erigir un monumento sobre lo ocurrido en Ludlow, como una forma de que sus *descendientes* (en general no directos, sino los actuales obreros de la zona) tomaran conciencia de que su lucha venía de muy atrás, y también de las condiciones actuales y antiguas del sector obrero norteamericano. En las visitas que se realizan al lugar, el público de clase media *se siente incómodo* al conocer lo que sucedió allí, pero la respuesta del público *obrero* ha sido variable. Mc Guire y Reckner hablan de la profunda alienación de las clases trabajadoras,

la cual hizo a los promotores del proyecto cuestionarse el valor para esta gente de algo *tan superfluo* como la arqueología, ya que es un grupo social que tiene *problemas mucho más acuciantes* que conocer su pasado. Pero también existe un sector que se siente muy atraído por los trabajos realizados en Ludlow, que comprende que los derechos de los obreros se consiguieron sólo a través de sucesivas luchas, y muchos descendientes directos de los mineros de Ludlow visitan periódicamente el lugar, con una celebración religiosa conmemorativa. En el momento de realización del artículo, el colectivo estaba llevando a cabo programas de interpretación de lo ocurrido a través de la arqueología, con la instalación de unos paneles en los que se explicaban la masacre, y la huelga, otro del estudio arqueológico y otro de la relación entre la huelga de principios de siglo y las luchas obreras actuales. Llama la atención que los *descendientes biológicos* de los mineros de Ludlow son personas anglosajonas de clase media, unidos por herencia con ese pasado, pero no por comprensión real de lo que pasó allí, mientras que los *descendientes* que viven actualmente allí, en su mayoría trabajadores *chicanos*, son los que mantienen el monumento y el lugar.

Es de gran interés también el trabajo que han realizado con

estudiantes. En Estados Unidos, las clases medias han *aprendido* a rechazar el término *clase* y todo lo que pueda recordar a una ideología marxista, así que el hecho de *enfrentar* a estos estudiantes de clase media al pasado de Ludlow es una *terapia de choque* para conocer una realidad existente pero ignorada hasta hace poco. También se hicieron encuentros entre obreros y estudiantes, en los que ambos grupos discutieron y compartieron experiencias que ayudaron al conocimiento mutuo. Crearon cursos para el profesorado y cajas con material (fotografías, reproducciones de objetos) que ayudasen a los profesores a dar a conocer este acontecimiento y lo que supuso en su época y en la actualidad.

El *colectivo Ludlow* está construyendo una arqueología que las clases obreras pueden comprender intelectual y emocionalmente, aunque son conscientes de que tiene aceptación entre los grupos cercanos a la catástrofe, pero no tanto entre otros sectores de la población. Su interés es que el conocimiento de la catástrofe y de todo lo que ella supuso llegue a la mayor audiencia posible para que se tome conciencia colectiva del pasado más reciente de un país con bastante *mala memoria* en estos asuntos, como son los Estados Unidos.

Personalmente, considero que este proyecto posee un gran interés, debido a que es uno de los mejores ejemplos de aplicación de la arqueología industrial a un fin verdaderamente práctico y que cumple una función social que busca trascender más allá del mundo académico. Pero también debemos tener en cuenta que de la teoría a la práctica, desgraciadamente, aún hay una distancia considerable, y que el interés del público de a pie es menor del que nos gustaría.

4. CONCLUSIONES

A lo largo de este trabajo he intentado exponer de la mejor manera posible la situación en la que se encuentra actualmente la arqueología industrial. Si algo parece claro, es que bajo un mismo nombre existe una variedad de perspectivas como en pocos otros casos en esta materia, y que traslucen visiones del mundo y mentalidades muy diferentes, que es conveniente analizar y tener en cuenta, ya que nada de lo que la arqueología hace (como en tantos otros ámbitos de la vida) es inocente; todo tiene una ideología que debemos intentar desvelar para comprender verdaderamente la intencionalidad del texto y del autor de éste.

La arqueología industrial, que en muchos casos se entremezcla con la arqueología histórica, es una

poderosa herramienta para un conocimiento crítico de nuestro pasado más cercano, que revela realidades desconocidas hasta ahora por los medios tradicionales de conocimiento del pasado (todo tipo de documentos escritos e imágenes) y permite reformular esta historia, poniendo en juego nuevos debates y visiones e incluyendo a las diferentes capas de la sociedad en la creación y en los planteamientos del estudio del proceso que ha llevado a la sociedad occidental a ser lo que es hoy: la Industrialización.

Esta disciplina ha conseguido como pocas otras un acercamiento del público en general a la arqueología, consiguiendo no sólo el interés, sino la participación activa en el proceso conservador e investigador de asociaciones no académicas interesadas en proteger el patrimonio industrial y las identidades de las regiones desindustrializadas.

Llama por esto poderosamente la atención que precisamente sea la arqueología industrial una de las materias más marginadas dentro del mundo académico, cuando en otros países como Gran Bretaña o Francia tiene un impacto mucho mayor, dado que permite conformar un pasado que es el que ha permitido configurar la identidad actual occidental y el mundo postmoderno, y que atañe por lo tanto de una forma mucho más

directa a nuestra sociedad que otros periodos de la Historia.

Esto nos permite abordar, aunque sea tan sólo superficialmente, otra de las características que diferencian a la arqueología industrial de las otras, y es que la *otredad* con la que se realiza en muchos casos no es tal. Al menos, parece mucho más evidente que *el otro* sea un cazador mesolítico que un *obrero del metal* vizcaíno de los años cincuenta del siglo XX. El límite entre lo que nos relaciona directamente con unos obreros que vivieron en el pasado que estamos analizando de una colonia industrial y lo que nos separa es muy difuso y puede confundirse. En los trabajos de arqueología industrial, sobre todo en los del tercer tipo, parece inevitable en muchos casos *implicarse emocionalmente* como no nos implicaríamos en un poblado de la Edad del Bronce, imaginarnos que los mineros que murieron en un derrumbe de una galería podían haber sido nuestros abuelos, por ejemplo. En muchos casos, creo que en la arqueología industrial puede haber un aporte de subjetividad mayor que en otras, y que debemos ser conscientes de ello. En este *subjetivismo* han tenido gran importancia las mencionadas asociaciones, que poseen una perspectiva y unos intereses que difieren en algún modo de los del mundo académico, y en muchos casos existen implicaciones

personales o comunitarias más o menos directas, debido a que son asociaciones surgidas en muchos casos para mantener un determinado paisaje o región industrial, con un sentido claramente identitario. Esta visión subjetiva no tiene que ser negativa si se ve como tal y sabe separarse de otra que *pretende ser objetiva*.

Si intentamos hacer un análisis teórico de la arqueología industrial, podemos reconocer que, en un alto porcentaje de los trabajos que se realizan predominan claramente visiones muy descriptivas y poco interpretativas, que podríamos enmarcar en los dos primeros tipos de arqueología industrial que hemos visto: la *conservacionista* y la orientada a los museos y el turismo. Son trabajos con un componente técnico bastante notable, y que buscan una documentación de la descripción física del objeto de estudio para una ulterior preservación, empleando la metodología arqueológica para obtener un buen registro material. Pero en estos trabajos, que son mayoría si observamos los índices de publicaciones especializadas como *Industrial Archaeology Review*, no hay ningún intento, o muy marginal, de extraer conclusiones de los datos obtenidos. Son trabajos, por lo tanto, que podríamos calificar como "particularistas históricos", ya que se

limitan a explicar cómo era un determinado elemento en un momento exacto del pasado, como un acontecimiento único y aislado. De hecho, sólo los trabajos del tercer apartado son interpretativos, y son minoría en el conjunto de publicaciones y proyectos. En su mayoría son abordados desde perspectivas neo-marxistas y, en menor medida, postmodernas. La arqueología Procesual tiene aquí su papel en los trabajos sobre los espacios de trabajo, la vida cotidiana, etc., pero siempre con un punto de vista cientifista y aséptico, alejado de las posiciones de la arqueología social. La explicación que parece más lógica para esto es que, dado que la arqueología industrial es uno de los ámbitos de estudio de más reciente creación, ha precisado (y precisa aún) de la creación en un primer momento de un *corpus* tipológico, de clasificación de materiales, edificaciones, etc., que sabemos, por lo que hemos explicado antes, que es *casí interminable*, y ya, sobre esta base, poder desarrollar trabajos interpretativos.

La arqueología industrial se encuentra en estos momentos en una etapa en la que comienza a consolidarse, en un momento en que Occidente está padeciendo cambios sociales y económicos muy importantes: necesita *asirse* a su pasado más cercano, que es el que de

manera más clara ha configurado sus características actuales. Y lo que es más importante: está dejando de ser un interés propio de la Academia para serlo de *la calle*, ya que cada vez hay más colectivos educados y preparados para tener una sensibilidad hacia lo que el pasado industrial supone y la capacidad identitaria que reside en éste.

BIBLIOGRAFÍA

-ADAMS FERNÁNDEZ, CARMEN (2001): "Mariano Belmás y su novedosa propuesta de vivienda económica para la Asturias de finales del siglo XIX" en *Arqueología Industrial, Patrimonio y Turismo Cultural*. INCUNA, Gijón. Pp. 169-175.

-AGUILAR CIVERA, INMACULADA (1998): *Arquitectura Industrial: concepto, método y fuentes*. Valencia, Diputación de Valencia.

-ALMEIDA RIBEIRO, ISABEL "Modelos de intervenção na área da Museologia Industrial (1982-1998)" en *VVAA Terrenos da Arqueologia na Península Ibérica*, Actas do III Congresso de Arqueologia Peninsular, vol. VIII, ADECAP, Oporto. Pp. 281-285.

-CASANELLES RAHOLA, EUSEBI (2001): "El Patrimonio

Industrial" en *VVAA Arqueología Industrial, Patrimonio y Turismo Cultural*. INCUNA, Gijón. Pp. 33-40.

-CARANDINI, ANDREA (1984): *Arqueología y cultura material*. D.L., Barcelona .

-CERDÁ, MANUEL (1991): "Industrial Archaeology and the working class" en *Arqueología Industrial: Actes del Primer congrés del País Valenciá*. Diputación de Valencia. Pp. 403-422.

-DUKE, P. & SAITTA, D.J. (1998): "An Emancipatory Archaeology for the working class", *Assemblage*, 4.

-ESCUR, NURIA (2005): "Colonias industriales: memoria de las ciudades fábrica" en *La Vanguardia*, 27 de Marzo de 2005.

-ESCUR, NURIA (2005): "El ingeniero que fue niño en la Colònia de l´a Ametlla de Merola" en *La Vanguardia*, 27 de Marzo de 2005.

-FELIÚ TORRAS, ASUNCIÓN (1998): "El patrimonio industrial, localizaciones, regeneraciones: una nueva geografía" en *Ábaco* 19, Gijón.

-FORNER, SALVADOR (1991): "Arqueología Industrial: concepto, teoría y métodos" en RAMOS, CONCEPCIÓN (et al.) *Arqueología Industrial: notas para un debate*. Universidad de Málaga.

-GONZÁLEZ RUIBAL, ALFREDO (2003): *La experiencia del Otro: una introducción a la etnoarqueología*. Ed. Akal, Madrid.

-HUGHES, STEPHEN (2005): "Institutional Buildings in Worker Settlements" en *Industrial Archaeology Review*, XXVII:1, Pp. 153-161.

-IZARZUGAZA LIZARRAGA, IÑAKI (2001): "Tres proyectos museológicos para tres industrias: La Encartada, La Algaba y Agorregui" en *Arqueología Industrial, Patrimonio y Turismo Cultural*. INCUNA, Gijón. Pp.221-231.

-LINAREJOS CRUZ, MARINA(et al.) (2002): "El Plan Nacional de Arqueología Industrial", en *VVAA Patrimonio Industrial: Lugares de la memoria. Proyectos de reutilización en Industrias culturales, Turismo y Museos*. INCUNA, Gijón.

-LOPES CORDEIRO, JOSÉ MANUEL (2000): "A Arqueologia Industrial como Arqueologia da Industrialização" en *VVAA Terrenos da Arqueologia na Península Ibérica*, Actas do III Congresso de Arqueologia Peninsular, vol. VIII, ADECAP, Oporto. Pp. 403-420.

-LOPES CORDEIRO, JOSÉ MANUEL (2001): "Museología y Museografía Industrial" en *VVAA Arqueología Industrial, Patrimonio y Turismo Cultural*. INCUNA, Gijón. PP. 41-522.

-McGUIRE, RANDALL & RECKNER, PAUL (2003): "Building a working class archaeology: The Colorado Coal Field War Project" en *Industrial Archaeology Review* XXV:2, Leicester, Pp.83-95.

-PALMER, MARILYN (1990): "Industrial Archaeology: a thematic or a period discipline?" *Antiquity* 64, p.281 Leicester.

-PALMER, MARILYN (1991): "Industrial Archaeology: working or the future" *Industrial Archaeology Review*, XIV , Leicester. Pp.17-32.

-PALMER, MARILYN (2005): "Understanding the Workplace: A

Research Framework for Industrial Archaeology in Britain" en *Industrial Archaeology Review* XXVII:1, Pp. 9-17.

-RIX, MICHAEL (1967): *Industrial Archaeology*. The Historical Association, Londres.

-RODRÍGUEZ GUTIERREZ, FERMÍN (1992): "El Patrimonio Industrial Histórico como recurso para el desarrollo local" en *Ábaco* 1 (segunda época), Gijón.

-SOBRINO SIMAL, JOAQUÍN (1998): "La arquitectura industrial: de sala de máquinas a caja de sorpresas" en *Ábaco* 19 (segunda época), Gijón.

-STRATTON, MICHAEL & TRINDER, BARRIE (2000): *Twentieth Century Industrial Archaeology*. E&FN Spon, Londres.

Páginas en Internet

- Ecomusée de Le Creusot: <http://www.ecomusee-creusot-montceau.fr>
- Museo de Ironbridge Gorge: <http://www.ironbridge.org.uk/>
- Museo de la fabricación de vidrio: <http://www.fcnv.es/>
- Matadero de Madrid: <http://www.mataderomadrid.com>

- Coal field War Project:
<http://www.du.edu/anthro/ludlow/cfhist.html>
- Asociación de arqueología industrial de Asturias (INCUNA):
www.incuna.org
- Museu de la Ciència y de la Tècnica de Catalunya:
<http://www.mnactec.com/>